

EL DESENREDO

Miguel de Loyola

Para Claudia, mi hija.

"Gracias quiero dar a lo divino
Laberinto de los efectos y de las causas
Por la diversidad de las criaturas
Que forman este singular universo
Por la razón, que no cesará de soñar
Con un plano del laberinto
Por el rostro de Elena y la perseverancia de Ulises
Por el amor, que nos deja ver a los otros
Como los ve la divinidad..."

Jorge Luis Borges. (Otro poema de los dones)

En la esquina

Salí de casa cerca de la nueve de la noche, pero llegué a la del Guatón pasadas las diez. En la esquina me detuve largo rato a conversar con Bernardo, más bien a escucharlo, haciendo como siempre de filósofo frente a los problemas de otro. Quería contar lo picado que estaba con el Guatón porque no lo había invitado a la fiesta. Para calmarlo un poco, le dije que se dejara caer de paracaidista después de las doce.

-Una vez comenzado el Toque de Queda, nadie tendrá corazón para decirte nones, compadre.

-Ni loco -contestó con el rostro tenso por el veneno del furor que se estaba esparciendo por sus arterias.

-Ni aunque estuviera loco -repetió después, con una voz que denotaba resentimiento concentrado. -Prefiero cualquier cosa a tener que arrastrarme. ¿Qué se cree el guatón que soy yo!

Aunque el tipo estaba de verdad furioso, por momentos parecía un animal inocente al que le han enterrado arteralmente una daga en el corazón. Sus ojos acusaban la ansiedad y el deseo que escondía de asistir a la fiesta. Pero seguro que estaba pensando desde ya también en la forma de desquitarse. Aunque lo más probable sería, que en una semana más todo quedara debidamente enterrado en el cementerio del pasado, donde suelen ir a parar la mayor parte de los sucesos del mundo. A menos que Bernardo hiciera también una fiesta en su casa un sábado por la noche, y dejara afuera al gordo. Sé por experiencia que es la forma regular de vengarse cuando uno siente que los amigos le hacen una chanchada. El año pasado no invité deliberadamente a Ulises porque me dejó un domingo plantado fuera de la cancha, sin jugar.

Al pelota, que es el capitán de Los Tigres, se le antojó ese día que mi presencia no era necesaria en la cancha. Después tuvo que confesar que me había dejado fuera del equipo con el fin de castigar mis continuos atrasos. Se da el caso que cuando nos toca jugar los días domingos a primera hora, siempre llego atrasado, amarrándome los cordones de los zapatos y poniéndome la camiseta al minuto mismo de entrar a la cancha. Eso lo tenía enfermo, explicó. Pero el tipo no sabía que a mí también, porque el sueño siempre ha sido para mí una enfermedad. Una enfermedad incurable. Me ataca tarde, pasada la media noche, cuando el resto de los habitantes de la casa duermen a pierna suelta metidos en sus catres. Claro que una vez que cae finalmente con sus garras sobre mi esqueleto, lo desploma y me deja muerto sobre la cama. Por eso mamá tiene que despertarme a palos al día siguiente. La chicharra del despertador no sirve para nada. No funciona. Puede sonar y seguir sonando durante la mañana, pero suelo oírla rara vez en la vida. El perla continúa en el limbo. Sumergido en el país de la inconsciencia. Soñando, dejándose arrastrar a la deriva por ese mar de sueños que se suceden de ola en ola, hasta transformarse en espuma, una espuma que se deshace cuando por fin abro los ojos.

En fin. Me despedí de Bernardo de mano, apretándosela a lo mero macho, dándole las debidas condolencias por su triste situación en el mundo. Pasarse un sábado por la noche

sin fiesta, resulta inexplicable. Igual que otros misterios latentes como los astros que noche a noche encienden sus luces para observarnos. Debemos parecerles criaturas singulares, dignas de mantener en permanente vigilancia, dada nuestra naturaleza propensa al mal. Para nadie es novedad que en esta ciudad por las noches suceden cosas siniestras, cuando salen a la calle las patrullas militares.

Bernardo miró con unos ojos apagados que daban lástima, la verdad. Dos carbones sin vida, muertos por la falta del fuego interno. Sin embargo, torcí hacia la derecha sin más, y caminé hacia la calle Vicente Huidobro. Buena tela soy, pero nunca tanto para perder un sábado de fiesta por pura solidaridad. Apenas le di vuelta la espalda, sentí que Bernardo encendía otro pucho. Seguro que esa noche solo en la esquina iba a terminar con la cajetilla, hasta el minuto de la resignación que lo llevaría a encerrarse en su casa, claro. Es lo que uno suele hacer en tales circunstancias, ¿o no?

La casa del Guatón

La casa del Guatón se ubica en la cuadra siguiente. Es una de las más grandes del barrio. Un chalet diferente también a los que existen en las calles aledañas, la mayoría construidos en serie, igual que los electrodomésticos. En cambio la casa de Jaime, seguramente, fue levantada por un arquitecto contratado por su viejo. Su papá gana plata. De eso no hay dudas. Los dos sendos Fiat 125 que dispone el matrimonio constituyen una prueba contundente para nosotros. El descueve los patas de goma. El brillo reluciente de sus latas, y el rugido ronco de sus motores nos hipnotiza toda vez que los vemos pasar. Aparte que muy pocos aquí en el barrio cuentan con automóvil. Nosotros ni hablar. A mi viejo apenas le da para una citroneta Azam del año de la pera, que pasa la mayor parte de su vida echada como un quiltro en el fondo del patio, mirando con sus enormes ojos sobresalientes lo que acontece a su alrededor. Rara vez salimos en ella, la verdad. Papá prefiere su vieja bicicleta Oxford, semejante a una de esas que usaban los alemanes en la Primera Guerra Mundial. La usa cuando mamá lo manda de compras a la plaza. En cambio yo prefiero mi chancha, sin tapabarros, sin luces de ninguna especie, y sin frenos. Prefiero frenar con el pie. Toda vez que lo necesito apreté la suela del zapato contra el forro delantero y la chancha se detiene mansita. En ella salgo a recorrer a lo menos una vez por semana la ribera del canal buscando algo novedoso. Más de alguna vez me ha tocado observar a los bomberos extraer un cadáver desde el fondo del cauce. Los borrachos, suelen equivocarse de camino, por eso al menos dos o tres veces al año tienen que secarlo para buscar a esos hombres que han errado sus pasos en este mundo, o han sido despachados por una mano negra al otro patio. Lo que también sucede, desde que vivimos bajo la tutela de los milicos.

Los cadáveres ahogados se hinchan como los neumáticos, y la carne adquiere un color morado parecido al de los hematomas producidos por los golpes. Del olor, ni hablar. Huelen igual de bien que las ratas muertas. Mi madre, las veces que he llegado con una noticia de ese tipo, se asusta al extremo de prohibirme la salida. No obstante, con mis amigos, que son una pandilla tanto o más morbosos, volvemos más de una vez durante el día al lugar del siniestro, antes que retiren al muerto los del Instituto Médico Legal. Aunque

después en la noche el muertito aparezca a todo color en la pantalla gigante de eso que denominamos conciencia, y una vez enterrado allí, impida cerrar los ojos para dormir. Lo que pasa es que aquí termina por saberse todo. Somos en general buenos amigos. Si no soy yo el que descubre un hecho novedoso, es cualquier otro el que llega con el cuento. Entonces no existe otra alternativa que ir también a parar las antenas junto a los demás. El cerro que bordea el cauce del canal es además uno de nuestros sitios favoritos para recorrer en bicicleta, porque uno se siente a ratos pedaleando a campo traviesa, haciendo bicicross y todo eso que resulta excitante. Aunque a veces uno termine sacándose cresta y media. Cuando niño pasaba con las rodillas peladas, porque nos largábamos a correr en bicicleta sin importarnos las consecuencias. Hoy día, algunos nos hemos puesto bastante más prudentes.

Sentados en la cuneta

Frente al portón de la casa del Guatón Jaime vi un grupo de gente tratando de entrar. Sin embargo, Juan Carlos y el Flaco, invitados también, estaban fumándose un pucho sentados en la cuneta tranquilamente, con aire de estar en otra, en otra parte, embutidos en una conversación particular. No me dieron la hora cuando saludé al par de pelotas. Giré entonces hacia la casa, sin esperar respuesta. La música estaba sonando fuerte, traspasaba los vidrios de la ventana del living y fluía en oleadas hacia la calle.

El Guatón con Julio César se encontraban frente a la entrada controlando el ingreso de la gente. Su viejo no quería esta vez ningún colado, repetía majaderamente a cuatro compadres pelucones que le imploraban para que los dejara pasar. Pero no los conocía nadie. Salvo la Maca. Y la Maca estaba fondeada adentro de la casa haciéndose como siempre la mamerta. Cuando entré a dejar los discos que traía bajo el brazo lo pude comprobar. Estaba bailando con Marcelo, junto a otras dos parejas. Hasta que el Guatón

entró desde la calle con la bronca, a gritarle que tuviera la amabilidad de acercarse a la reja para decirle a sus amigos pelucones -el Guatón no podía ver a los pelucones, los relacionaba siempre con marihuana- que se dejaran de joder, porque ni cagando los voy a dejar pasar a mi casa, remató con sus mejillas coloradas de sandía rajada por la mitad. Eso último lo dijo haciendo sentir el poder del que se siente propietario. En todo caso yo en su lugar habría pensado igual. Por ningún motivo los habría dejado entrar. Además se trataba de cuatro personas, cuatro cara duras que entre otras cosas, arriesgábamos a que nos levantaran las minas si los dejábamos pasar, aparte de la comida. Aunque en la casa del Guatón se come siempre bien. Incluso, después de una fiesta, suelen sobrar. Lo que es mucho decir por estos tiempos de vacas flacas.

- No los conozco -rezongó la Maca. Tampoco los invité yo. Pero igual dejó de bailar y salió al portón acompañada de Marcelo.

La mina -demostrando su potestad sobre el mundo masculino- no se demoró ni dos minutos en despachar a los pelucones, que se fueron rapidito, pero sin dejar de echarle antes de largarse la correspondiente bronca a Marcelo, quien movido por el amor propio, estuvo a punto de salir a la calle para ajustar cuentas con al menos uno de ellos. Menos mal que el pelota no lo hizo, porque ese habría sido el final de la fiesta.

-El fin compadre, el fin antes de comenzar. Comenté en tono filosófico. Todos sabemos que el papá de Jaime se habría encargado de despacharnos en breve con un calabaza, calabaza, cada uno para su casa.

La Maca volvió comentando que apenas los había visto un par de veces a la salida del liceo a los patudos. Con el Guatón nos miramos con unas pupilas encendidas que querían decir seguro, seguro que te la vamos a creer comadre. Ella se dio cuenta de la luz de nuestras miradas y protestó tiñendo su rostro con un color púrpura.

- En serio. En serio -repitió. Al mismo tiempo que el rubor teñía profusamente sus mejillas de porcelana, y sus ojos turquesa comenzaban a mirarnos con el sesgo característico que acompaña al sentimiento de culpa.

- Da lo mismo, flaca, no te preocupes -sentenció finalmente Jaime, con aire de hombre bueno y comprensivo.

Después, Marcelo la invitó a seguir bailando y asunto arreglado. Daniel, nuestro dic jockey, dejó caer el long play de Creedence en el plato del tocadiscos, y apenas la aguja lo arañó, el sonido de la banda se derramó por los dos bafles ubicada2dos uno en cada esquina del salón, motivando a las parejas a salir a bailar casi con desesperación, con una urgencia que se hacía patente en sus rostros animados por la música. El equipo sonaba de miedo, nada que ver con el mío, que apenas disponía de una capacidad de salida de 15 watt. Mis pies comenzaron a moverse también, ansiosos por bailar. Pero la curiosidad de saber como estaba la onda en el comedor, resultaba todavía más poderosa, así que me tiré a nadar entre los bailarines hasta cruzar al otro lado de ese mar que se agitaba al compás de la música, amenazando con desbordarse en olas hacia el comedor. La sala se encontraba repleta de gente, y el ambiente comenzaba a prometer una noche intensa, cargada de alegría.

La mayoría de los invitados habían llegado, según calculé después de mirar los rostros de los más conocidos. Por supuesto que dentro de los pocos que faltaban por llegar estaba Claudia, la ingrata, la esquiva, la resbaladiza. La misteriosa Claudia que tiene cautivado a todo el barrio. Aunque Jaime juró de guata que vendría, que vendría a su casa de todos modos. Claro que yo le puse al gordo la pistola al pecho pocos días antes. Si no va Claudia no voy, compadre, así de simple, le dije el muy cínico. Lo que significaba entre cosillas que no contaría con mis discos para animar el baile, entre esos, el que en ese preciso instante estaba dejando la escoba. El long play de Credence se lo había encargado hacía poco a una

tía desde Argentina. Así que se trataba de una novedad más grande que la Vuelta al Mundo en Ochenta días contar con ese disco para animar el baile. La hermana de mamá, desde que enviudó, cruza con frecuencia en Cata la cordillera en busca de algún negocio. Trae de allá ropa, especialmente llenas y casacas piel de durazno que se las pelean apenas está de vuelta. También trae perfumes, jabones, desodorantes, cosméticos en general que escasean aquí. Las chaquetas de cuero las trae a pedido, porque son bastante más caras que las otras, pero siempre a mitad de precio que las nacionales. Después, a propósito de mis encargos puntuales, enganchó con la música. Así que ahora los amigos del barrio que conocen la papa, hacen sus correspondientes ahorros a como de lugar con tal de conseguir un long play de Cat Stevens, Neil Dyamond, Grand Funk, Let zepelín.

El Guatón, al principio se anduvo creyendo el cuento que si no venía Claudia, yo tampoco asistiría a su fiesta de cumpleaños. Entre paréntesis, cumple recién los diecisiete el compadre, diecisiete años de existencia, y va en cuarto medio igual que yo.

- No la caguis hueón -dijo poniendo esa cara de tonto que a veces aflora a su rostro de la manera más natural. Nada más que porque es un tipo sobradamente buena tela, digo yo. Ingenuo como pocos, cuando niños le contábamos cada cosa, y se las creía una por una. Recién a la semana después caía en la cuenta que le habíamos estado tomado el pelo. Pero me tiene buena el compadre. Estoy en la lista de sus mejores amigos, y eso no es cualquier cosa en estos tiempos difíciles por los que pasa la amistad en el planeta. Me tiene una confianza única, incluso me autoriza a hurguetear de vez en cuando sus revistas, que son unas de las cosas que más ama el guatón en el mundo. Sobre todo las pornográficas. Tiene una colección increíble, supuestamente escondida en un rincón oculto del closet. Pero estoy seguro que su madre las conoce y está al tanto de la existencia de dicha colección, pero se hace la gilberta como todas las madres cuando adoran a sus bebés.

Seguro que yo iba a perder la fiesta.

-¡Por último voy a ir exclusivamente a comer! -le grité después, palmoteándole la espalda.

Sobre la mesa ovalada del comedor

Cuando conseguí cruzar al comedor, pude apreciar lo bien que se encontraba el planeta también por ese lado. Sobre la mesa ovalada que estaba arrinconada junto a la pared para dejar mayor espacio de circulación, se hallaba desplegado un ejército de canapés meticulosamente ordenados en distintos batallones. Los de paté lucían uniforme color café, coronados con una pequeña rebanadita de pimienta morrón. Uno de esos fue lo primero que agarré y mi boca lo deglutí con un ansia aterradora. Para mí el hambre es una cosa viva, una bestia inquietante que se parapeta en el interior de la boca para triturar con sus filudos colmillos lo que se ponga por delante.

Al otro lado se encontraba en perfecta formación los de huevo y jamón, luciendo impecable uniforme amarillo con un pequeño distintivo color negro aceituna. También mis garras de ave de rapiña atraparon uno al vuelo. Después, se encontraba un regimiento completo de verdes palta que también probé, matizados con una pequeña rebanadita de pimienta rojo. A continuación se alineaban los queques, trozados en rebanaditas uniformes y esponjosas. Estaba devorando uno cuando el Negro, saliendo en ese mismo segundo del interior de la cocina con una bandeja de pequeños tapaditos de jamón y queso, supongo que al descubrir

mi cara de asombro frente a esos ejércitos emplazados sobre la mesa, comentó que eso que estaba viendo era apenas para empezar, porque allá dentro, en la cocina -indicó mirando hacia allá-, hay comida para toda la noche, compadre. Sin embargo, mi reacción instantánea de hombre del tercer mundo, fue meter primero la mano en la bandeja que llevaba para atrapar dos tapaditos al vuelo. Estaban crujientes, sabrosos. Después volví hacia la mesa otra vez para servirme un vaso de bebida con algo más que unas gotas de pisco. Al rincón se alineaban cuatro Coca Colas todavía intactas, junto a dos a medio llenar. La de pisco estaba fondeada debajo de la mesa para que nadie ajeno al grupo se enterara de su existencia. Así que uno nada más tenía que agacharse para cogerla y vaciar un resto en el vaso.

El Negro en tanto, se tiró al mar tempestuoso con la bandeja de tapaditos humeantes y olorosos, donde a los pocos segundos sucumbió como una vieja barca de madera en medio del fragor de un tifón. Las pirañas y los tiburones no dejaron ni rastro. Volvió a pasar en dirección a la cocina con la bandeja ahora vacía, reclamando que todos los huevones éramos unos muertos de hambre. Y creo que en parte tenía toda la razón. A parte del Guatón, aquí en el barrio la gran mayoría somos unos muertos no sólo de hambre, sino también de sed. Las bebidas gaseosas en mi casa, por ejemplo, poco se las conoce, la verdad. Le damos más bien firme a los jugos en sobre, cuando hay.

El lado A del Long Play

Cuando terminó el lado A del L.P., los bailarines se dejaron caer como plaga de langostas sobre la mesa del comedor. Atacando los batallones de canapés que todavía se hallaban en perfecta formación, a pesar de una que otra baja presentada en sus filas por causa mía. En diez minutos se encargaron de liquidar prácticamente todo lo existente, solo uno que otro sobreviviente quedó abandonado sobre el mantel después del ataque. El Guatón se zampó la mitad de una bandeja de canapés de paté sin asco, Daniel y Gustavo se cargaron a los queques junto a Marcia y Marisol. Julio César con Juan Carlos, atacaron el flanco derecho y abrieron una brecha impresionante por ese costado, arrasando con los de huevo y jamón. Isabel y Loreto haciéndose las tontas causaron un gran número de bajas en los de palta. La Maca y Marcelo, tampoco lo hacían nada de mal estirando la mano con bastante frecuencia hacia los queques, mientras sostenían una conversación con entusiasmo desmedido, tendiente a que pasar inadvertido el apetito que las devoraba. Ulises y Fernando, los más regodeones, optaron por un trago, cargándose bastante al pisco, sin dejar de servirle a cada rato algo de comer a Marcia. Simón, el más tímido, no se atrevía a meterse entre el lote para agarrar algo y permanecía automarginado en una esquina, mirando como gato para la carnicería. Oscar y el Negro también se ubicaron en un extremo de la mesa a darle duro a los combinados. Y como siempre, Graciela y Mónica, displicentes total a toda clase de comestibles, se quedaron pegadas en el living, conversando con una tal Minerva y Carmen Gloria que no conocíamos. Ninguna de las dos se interesaron por acercarse a los comestibles.

Daniel volvió a su puesto junto al equipo una vez que sació el hambre y la sed, dejé caer el lado B del long play de Creedence, y la música estalló por los parlantes provocando una verdadera estampida en el comedor. En dos segundos, estaban de vuelta otra vez en el

living métale bailando, dejándose llevar por la fantasía musical, por el sonido espectacular que se escurría deliciosamente a través de esos bafles fabulosos del Guatón. Creedence sonaba la raja, la verdad. La banda producía un verdadero estruendo, y aunque ninguno de nosotros estaba en condiciones lingüísticas de entender a lo menos alguna de sus canciones, salvo una que otra palabra suelta, nos fascinaba igual, o digamos que tal vez mejor. Porque a veces las letras de las canciones terminan por arruinar la música, que es un idioma universal y no necesita ni muchos menos depende de ellas. Los tipos estaban embriagados con el sonido cuando no eran todavía más de las once. Podía imaginarme lo que pasaría más adelante, cuando la fiesta entrara en su fase profunda, pasada la media noche y comenzado el Toque de Queda. Para esa hora Daniel mantenía reservado el long play de Led Zeppelin.

No sé por qué, mientras miraba desde el comedor a los bailarines sonrientes y excitados, me acordé de Bernardo, que de seguro todavía se encontraría parado en la esquina oyendo más de algún eco lejano de la fiesta. Eso me deprimió. Tomé entonces mi combinado y caminé decidido en dirección a unos de los sofás del rincón con la idea de sentarme, asumiendo la condición de "Filósofo" como les ha dado por llamarme desde algún tiempo en el barrio. Sin embargo, al pasar junto al Guatón que bailaba con Loreto deshaciéndose como un cubo de manteca en la sartén -supongo que para impresionarla-, se me ocurrió preguntarle por qué había dejado fuera de su fiesta a Bernardo.

- Por maricón -contestó en forma automática. Después, esbozó la típica sonrisa de payaso que tan bien sabe poner toda vez que quiere hacerse el gracioso. Su boca adquiere el rictus perfecto de la sonrisa que suelen pintarse los payasos con el fin de darle a su rostro una sensación de alegría perenne, perpetua. Como lo quedé mirando por más de unos segundos con un rostro cargado a la desaprobación, el Guatón agregó después un clásico qué te importa a vos hue'on.

- Nada. Pero lo encontré en la esquina más botado que un pucho y me anduvo conmoviendo -contesté. Y me disponía a continuar en dirección al sofá, pero el compadre me retuvo de un brazo para decirme al oído -no sé si para que no lo oyera Loreto, o porque dado el volumen de la música costaba mucho entenderse- que Bernardo le debía una grande y por eso no lo había invitado y tampoco lo invitaría en otra oportunidad. Filo con él. Después continuó bailando de manera eufórica, mirando a Loreto con esos ojos saltones, redondos, de pupilas gordas igual que su cuerpo. Su rostro denotaba regocijo interior, como si algo anexo a su acostumbrada existencia se lo estuviera proporcionado. No cabía la menor duda que algo debía estar pasando entre él y Loreto. Me alegré. El guatón siempre ha sido su resto acomplejado de sí mismo, y por eso rara vez alguien lo ha visto con intenciones de enamorar a una mina, salvo a las de las revistas, claro que a esas si que se las devora con la imaginación.

Seguí camino en dirección al sofá, pasando otra vez entre las parejas que bailaban. Alguien me dio un empujón por atrás y no supe atinar a saber quien había sido.

-Cacha mal paga doble -dijo Juan Carlos cuando se sintió acusado por mis pupilas que buscaban al culpable.

Se encontraba arrinconada en un sofá

Sólo una vez que estuve sentado, advertí que Graciela se encontraba arrinconada en un sofá al otro lado de la pista, frente al mío. Tenía una cara de pescado no muy atractiva que digamos. Parecía aislada en una pequeña isla lejana al espacio rectangular del living, más allá de la alfombra hecho rollo que delimita la pista donde se mueven como locos los bailarines. Resultaba increíble sorprenderla así, sola y en cierto modo al margen de la fiesta, sin bailar ni atracar todavía con ninguno, enroscada sobre el mullido sofá de felpa verde, con todo su pellejo brillante de serpiente, y esa mirada de mina caliente que imagino que aunque lo quisiera no la podría evitar. Corresponde a uno de los sellos personales con que la naturaleza nos premia o nos liquida por el resto de nuestros días. Es curioso, hasta divertido encontrarla sola, sin la bandada de buitres que acostumbra asediarla en ocasiones semejantes. Acá, en el barrio, algunos le han puesto cada sobrenombre a la pobre, por causa que anda con uno y con otro, sin decidirse finalmente por ninguno. Es una pena que esté algo manoseada la mina. Porque seguro que si no fuera un tipo quisquilloso, de esa clase de individuos que no se conforman con lo que les cae de arriba gratuito, la habría invitado a bailar hace rato. Somos tal vez los únicos que todavía permanecemos sentados. Sin embargo, aunque los pies por momentos se me van solitos, un sentimiento todavía más poderoso que la música me retiene aquí, apartado y distante. Aunque mañana tenga que andar arrepentido, como a menudo sucede últimamente conmigo, que se me alumbró la ampollita demasiado tarde, cuando ya nada resta por hacer, sólo suponer en sueños lo que uno podría haber hecho con una mina así en una fiesta de Toque a Toque. Puedo observar su cara de aburrimiento, pese a la cortina de humo de cigarrillos y bailarines que divide nuestros espacios, y aunque ahora el hecho de ser los únicos que estamos sentados nos asemeja, somos seres muy distintos, más bien polos opuestos. Que ella no esté bailando, que todavía no haya enganchado con nadie, es una mera circunstancia. Seguro que pasada la medianoche, cuando la fiesta despege de la pista y agarre vuelo definitivo hacia la profundidad de la noche, saltará de ese sofá para perderse bailando con alguno de sus tantos admiradores, o con algún paracaidista desconocido, de esos compadres que en este tipo de eventos nunca faltan. Suelen llegar justo minutos antes del comienzo del Toque y nadie tiene corazón para devolverlos a la calle, para que sirvan de carnada a los milicos, que nos acechan noche a noche igual que lobos hambrientos. También sé que Graciela no está para esperar a nadie, y quizá en eso la mina tenga razón. Sabe bien aprovechar los momentos. En cambio, si Claudia no aparece esta noche estoy frito, a lo más me pararé una o dos veces más para dirigirme al baño, o para caminar doce pasos hasta el comedor a servirme un combinado camuflado parecido a este, porque para recuperar terreno con Graciela será tarde, por cierto. Ella habrá hecho a tiempo una conquista y podrá hacer la burla correspondiente. Estas fiestas si uno no tiene realmente algo concreto que hacer, como tirar las manos con una mina o bailar toda la noche, termina al final lateado, pateando la perra incluso. Mas de alguna vez me he sentido preso en una de

estas fiestas hasta el día siguiente. La experiencia no ha sido para nada grata para repetirse el plato. Además, a veces comienza poco a poco a matarlo a uno la claustrofobia, el encierro obligado, aparte de la rutina de oír durante la noche completa más o menos los mismos chistes, ver a las parejas bailando una música que comienza a repetirse a partir de cierta hora, comer los infaltables canapés de paté de cerdo trasnochado, el mismo queque que se desmigaja en pequeñas migas inservibles, cuando uno lo quiere agarrar con la punta del hambre metida en la mano. Así que cuando llegan las seis de la mañana, uno sale poco menos que arrancando, huyendo como si viniese saliendo de la prisión, del presidio perpetuo, o del mismísimo infierno. ¿Sí o no?

Un pedazo de munición del alma

Toda vez que mis pupilas se cruzan con las de Graciela, ella sonríe, con una sonrisa que uno sabe perfectamente que no es postiza, sino sincera, cargada con un pedazo de munición del alma. La mía, en cambio, presiento que cada día aflora más irónica, calculada, premeditada como la de los viejos capitanes de barco, socarrones y malditos, a pesar de que la gente me tiene por un tipo serio, responsable, juicioso. Lo cual a veces resulta realmente divertido, en otras, bastante desagradable la cuestión. Que a uno lo metan igual que fotos en un marco, que lo encasillen y lo conviertan en algo así como una especie de modelo ejemplar de muchacho, sin serlo realmente, ni pretenderlo tampoco, es bastante molesto cuando uno sabe que es un tipo más bien hartado al lote, más irresponsable que cualquiera de los amigos que me rodean esta noche. El mismo Daniel, por ejemplo, que aunque en las fiestas deja la crema bailando igual que un gorila atolondrado en medio de la pista, tirándole migas a las demás parejas, o echándoles pedazos de canapés o sal a los vasos con bebida, en el colegio suele ser bastante responsable. En cambio en ese aspecto soy una calamidad con patas, me da lo mismo obtener un siete o un cuatrillo. Jamás alguien me ha sorprendido en el curso regateando las décimas con ojos sumisos, al igual que otros compañeros que saben arrastrarse frente al Prof. para que les regale la décima que les falta para subir el maldito promedio que no termina nunca de acercarse a la excelencia. Eso me da igual. La verdad. Nunca ando rogando a nadie, menos a los profes. Prefiero asolearme como lagartija en los recreos, fumar un puchito en el patio chico de vez en cuando y conversar con González y el Gato Olmos sino de fútbol, de alguna mina rica del otro curso, en vez de andar chupándole las medias a alguien. Toca la casualidad que en el Cuarto Medio D están las minas más ricas del liceo. En el nuestro, son hartado pocas las que se salvan, la verdad. Al Gato Olmos lo tiene loco Lorena, una morena de pelo liso y dentadura blanca que nos sonríe toda vez que nos cruzamos con ella en el patio, a González le gusta la rubia que llegó el año pasado, tiene unas pantorrillas hechas a mano la tonta. A mí me atrae Macarena, por sus ojos y por su trasero respetable, pero no le da la hora a nadie, lo mismo que Claudia. Los amores imposibles me matan, me persiguen como una maldición. La mañana completa pasamos pendientes de ellas, nos sentamos pegados a la ventana, con el

único propósito de verlas al momento que pasan frente a nuestra sala en dirección a la suya, que se encuentra contigua a la nuestra. Ninguno de los tres tarados se atreve a hablarles para decirles cuánto las amamos y deseamos su amistad eterna.

Una araña de techo

Repentinamente me ví convertido en una araña de techo tejiendo un montón de ideas dispersas en torno a la existencia. Además, cualquiera que sorprendiera a un tipo en esta actitud pensaría que no le gustan las fiestas. Claro, que no le entusiasman en lo más mínimo, diría. Lo que pasa es que voy a las fiestas con un sólo propósito en mente, deliberado, consciente: entablar una relación con Claudia. Eso todos lo saben. No es ningún secreto ni novedad para nadie. Saben que me gusta a rabiar la mina, que daría cualquier cosa por andar con ella, por besarla, por darle el correspondiente agarrón, por salir con ella de la mano al cine. Pero hasta aquí, jamás he conseguido hablar nada importante con ella. Debe creer que soy autista, o algún espécimen con una patología mental por el estilo. Sucede que su cuerpo expelle un perfume que intimida, al mismo tiempo que excita de un modo alucinante. Además tiene una manera de hablar, de mover los labios, que a uno se le pone la carne de gallina. Así que cuando por fin la encuentro, me quedo siempre petrificado frente a ella, del tipo estatua de museo. Mi lengua se atrofia cuando me saluda, no es capaz de urdir una sola sílaba inteligente. Por eso estoy seguro que ella debe creer que soy mudo, el típico mudo misterioso de las películas que nadie sabe que monos pinta en la trama. Se trata de un fenómeno bastante extraño, la verdad. Porque rara vez me sucede frente a otras personas. A veces he pensado que más de algún fusible del cerebro se cae cuando estoy frente a ella y por eso no puedo hablar como lo hago con otras personas, soltando el carrito de la imaginación y dándole duro a la de trapo hasta dejar convencido a mi interlocutor de cualquier clase de barbaridad. Especialmente cuando se trata de hablar de fútbol, entonces la lengua no para de soltar palabras tendientes a comentar las jugadas importantes de un partido, lo mismo sucede cuando conversamos acerca de las minas ricas del colegio durante el recreo. Las palabras comienzan a brotar unas tras otras igual que proyectiles de ametralladora. En cambio frente Claudia, mi querida vecina de al lado, a quien conozco de niño, apenas soy capaz de decirle un hola, cuando por casualidad alguna vez pasa por mi lado durante la semana. Luego, nada, en blanco total, como si con sólo verla no hubiera en el mundo nada más qué decir, ni agregar. Salvo que está bien hecho, que existe Dios porque existe ella. El otro día pensando enloquecido en ella copié en una hoja un poema de Gustavo Adolfo Bécquer, pero lo más increíble, fue que la hoja la metí después en un sobre de carta. Luego, se me ocurrió la idea brillante de introducirla durante la noche en el buzón de su casa. Cara dura. Supongo que habrá llegado a sus manos. Aunque palabra que después de hacerlo me sentí un niño de Primaria. Ahuevonado por supuesto. Sentí que el amor es un sentimiento que no puede permanecer oculto, porque igual termina desbordándose por algún lado.

"Podrá nublarse el sol eternamente;

Podrá secarse en un instante el mar;

Podrá romperse el eje de la tierra
Como un débil cristal.

☐ Todo sucederá! Podrá la muerte
Cubirme con su fúnebre crespón;
Pero jamás en mí podrá apagarse
La llama de tu amor.”

De la música

Cada vez que Jaime se descuida de la música, Daniel sube al máximo el volumen del equipo. En tanto yo me río de la cara de animal asustado con que aparece el gordito a los pocos segundos, ciego a bajarlo. Nos queda claro que le tiene terror a lo que su viejo le pueda reclamar más tarde al respecto. Pero el equipo musical suena para volverse loco de angustia, felicidad y también de nostalgia, dependiendo de cual sea el tema pinchado por la aguja del toca discos. La música revienta como un dique por sus enormes baffles, y el agua lo va mojando a uno hasta empapararlo por entero. Después comienza el cosquilleo interno, la típica circulación de los electrones musicales a través de la red de nervios del cuerpo, hasta drogar de ritmo los órganos más sensibles. Se nos ocurre a todos que a mayor volumen, mayor es también la sensación de agrado y sedación en la que uno va cayendo, y que las neuronas muertas resucitan, tras cada uno de los golpes inusitados de decibeles que proporciona, en forma intermitente, Daniel. Por eso, si el guatón Jaime se enterara que soy yo, yo el pelotudo que a cada rato le insiste a Daniel que suba el volumen, no lo creería. No lo creería nadie, la verdad. Me he hecho la fama de mamerto y por eso soy un hipócrita. Siempre incito a otros a que hagan barbaridades. Al final, como el miserable Pilatos, suelo lavarme tranquilamente las malditas manos. En todo caso, los huevones que hacen caso deben tener tanta culpa como yo. En clase pasa lo mismo cuando nos tiramos el borrador. Porque si me llaman a la pizarra, al menor descuido del profesor, lo lanzo en primera para atrás, seco en la cabeza de algún compañero. O bien, tengo la mala costumbre de esconderle la cartera a la profè de Inglés, es tan pavita la pobre, jamás se le ha pasado por la mente que pueda ser Pizarro, el tarado que le esconde la cartera. Para qué hablar de los recreos, fumo dos cigarrillos en cada uno tranquilamente. Nunca nadie ha sospechado que soy yo el murciélago que tiene sembrado el patio chico de colillas de Hilton. Es un patio al que pocos llegan porque está lejos, además es sombrío, allí al sol le cuesta introducir sus rayos, sólo pasado el medio día consigue colar alguno, pero oblicuo. Está ubicado a un costado al fondo del colegio, donde confluyen perpendicularmente dos pabellones de salas, lo descubrí el año pasado y desde entonces nos arrinconamos con algunos amigos a fumar allí. El chico Barrios, inspector de la mañana, no está al tanto de su existencia. Es tan despistado el hombre, que uno a veces llega a sentir lástima por él. Aunque algunos sostienen que más bien el hombre se hace el desentendido. No le gusta meterse en problemas con los alumnos, dicen. En todo caso a mí me simpatiza como pocos. -Señor Pizarro-, dice cuando me sorprende fumando. -Señor Pizarro-, vuelve a repetir otra vez, con una voz que indica severidad, llamada de atención y todo eso. Y luego: Usted sabe perfectamente que no está permitido fumar en el liceo y hacerlo le puede costar una suspensión. Entonces lanzo el pucho al suelo haciéndome la víctima, lo apreté con el zapato lo más cerca posible de la brasa, para no romperlo y así poder volver a encenderlo apenas el

señor Barrios desaparezca. Pero nunca le ha dado por anotarnos en el libro de clases por una cosa de ese tipo, como lo hace regularmente el Barnabás, cuando nos descubre. Ese cara dura no perdona a nadie. Salvo que, dicen las malas lenguas, alguien le tire un billetito por debajo. Se queja mucho de que es pobre, que el sueldo de inspector apenas le alcanza para sobrevivir. Y debe ser cierto, porque usa el mismo traje el año corrido, sin tomar para nada en cuenta las estaciones del año.

Sentado en el sofá

Mientras permanecía sentado en el sofá, sorpresivamente se acercó Gustavo por detrás. Me golpeó el hombro con la mano, y dijo que necesitaba hablar conmigo algo importante. - Confidencial, compadre-, agregó después con una cara de abatimiento única en el mundo. Me paré entonces no muy entusiasmado con la idea, y nos encaminamos juntos al patio, cruzando la puerta de corredera del comedor que comunicaba con el jardín interior. No había otro sitio mejor para hablar que ese. Adentro la música hacía difícil, sino imposible la comunicación verbal.

La noche estaba quieta, silenciosa, no hacía ni frío ni calor, como noche de primavera. Nos sentamos en un viejo escaño, debajo del parrón. Luego, ambos encendimos un par de puchos al mismo tiempo. Gustavo en tanto no dejaba de mirar el suelo con unos ojos fijos, de búho, imaginé por lo redondos y penetrantes. Pero no decía nada. Permanecía mudo.

Estático en el asiento igual que un muerto, como una estatua, como una momia en definitiva, esperando ser descubierta por algún arqueólogo, me imagino. Tuve que preguntarle qué demonios le ocurría. Entonces, soltó de golpe que hacía sólo unos minutos que le había pedido pololeo a Marcia.

-Pero ella contestó rotundamente que no.

Lo dijo como si fuera algo que mantenía atorado en su interior a pesar de arderle y quemarle como una brasa viva. Primero se ruborizó al decirlo, luego el tono de su rostro fue cambiando de matices hasta llegar a los tonos verdes típicos del hombre cara pálida, atónito, perplejo, aturdido por la realidad. Palabra que me sentí en su pellejo, sabía que corría el riesgo de sufrir en cualquier momento un golpe parecido.

Después, Gustavo no volvió a abrir la boca otra vez. Le pegó una tremenda chupada al cigarro y no lo vi expulsar el humo. Sencillamente se lo tragó. Resultaba obvio que Gustavo esperaba que le dijera algo, algo importante, algo que le pudiera calmar el dolor, supongo.

Pero la verdad que no se me ocurría nada. Nada que sirviera realmente para algo. Su aspecto de árbol caído, partido por la mitad, entregado al hacha del leñador, daba lástima. -Compadre -le dije repentinamente, a las mujeres hay que tratarlas con el látigo de la indiferencia-. La frase la había escuchado en el cine, o tal vez en un radio teatro.

Entonces, Gustavo miró con una expresión que denotaba cierta aprobación, así que le largué un discurso tendiente a reafirmar la hipótesis de la indiferencia como medio para enamorar muchachas, acuñada por algún filósofo de pacotilla como yo. Lo increíble es que en tales circunstancias, a uno le salen unas parrafadas fabulosas, de artista compadre, aunque por dentro uno esté medio muerto de la risa. La cara de Gustavo invitaba también a reírse y a llorar al mismo tiempo. Soltó además, mientras le hablaba, que Marcia lo había rechazado porque le gustaba Fernando...

Entre paréntesis, Marcia tiene un trasero, madre mía. Tiene tal vez el mejor trasero que se haya visto circulando por las avenidas. Y cuando se pone pantalones, lo mueve la tonta con cierta malicia, cargando los glúteos. Después se anda quejando que le pegan agarrones toda vez que se mete al quiosco del liceo a comprar. Allí en medio del tumulto que se forma a esa hora, suceden las cosas más increíbles, y por supuesto que cuando uno se da vuelta nadie fue compadre, nadie fue...

Nos quedamos callados largo rato, sintiendo los ecos de la fiesta, los gritos, las risas, el ruido de los vasos, de las botellas de vidrio. Mientras sacaba la cuenta que Gustavo estaba realmente en problemas. Gustavo no tenía por donde darle un giro a su destino fatal. La hipótesis de la indiferencia no tenía ninguna posibilidad. Fernando, es un tipo lúcido, siempre engominado, perfumadito, galán de cine el roto, quién no lo sabe. Ni aunque baile la noche completa, su camisa permanece impecable como al principio. Las mujeres se hacen poco menos que pichí por él. Dicen que tiene una manera de hablar que les pone la carne de gallina. No es nada de feo, en realidad es hartito encachado el tipo. Tiene ojos verdes, y eso pareciera ser en definitiva lo que más les importa a las mujeres en este país. Cuando un tipo tiene los ojos verdes, o azules, no hay nada que hacer, el universo femenino se rinde a sus pies. Fernando se ha carreteado con la mayoría de las minas del barrio, sólo le faltaba esta. Aunque, ahora dicen que empezó con las de otros sectores aledaños, y así, supongo, llegará algún día a Hollywood con sus conquistas. Pero con Marcia, eso no estaba en la cabeza de nadie.

Volví permanecer en silencio, un silencio cortante igual que el filo de la navaja del peluquero...

Ante esas evidencias, mi discurso quedaba enteramente descartado. Gustavo no tenía nada que hacer, salvo matar a Fernando. Pero eso ya no se usaba. Correspondía al pasado.

Cuando los rivales se retaban a duelo por causa de una mujer.

Gustavo continuaba allí, mirando el suelo, soltando ahora poco a poco el humo del cigarrillo por ambos orificios de la nariz, sin omitir ningún sonido, ni una sola palabra.

-¡Vamos a comer algo! -dije en forma sorpresiva, y me puse de pie. Pero Gustavo no respondió nada. Igual entré entonces decidido al comedor. Agarré un par de canapés con una mano, mientras con la otra serví un vaso de bebida mezclada con pisco. Luego, salí otra vez al patio con la idea de darle todo eso que llevaba a Gustavo, pero cuando llegué otra vez debajo del parrón no lo encontré. No estaba. En un minuto había desaparecido del escenario.

La ventana de mi pieza

La ventana de mi pieza da justo a la caseta de los balones de gas. Por allí me descuelgo como el gorila que soy por las noches, después que se han apagado las luces y los ronquidos de mi padre sacuden los follajes de los árboles de la cuadra con el ruido del huracán. Lo increíble es que salgo a puro dar la hora a la calle. Con esta porquería del Toque de Queda, hasta los vampiros se mueren de hambre, digo yo. A esa hora, las calles de la ciudad de Santiago se encuentran más desiertas que el Estadio sin Colo Colo. Ni una alma. Silencio absoluto de pueblo fantasma total. Casi de miedo. Terrorífico, como los escenarios desolados donde se desarrollan las películas de vampiros. Sólo de tarde en tarde, un camión de milicos intercepta el silencio y la soledad con el ronroneo inconfundible del motor, mientras permanezco escondido detrás de las matas gigantescas matas de acanto que crecen por fuera del antejardín. Ni siquiera ellos, que lo saben todo, según explican por la radio y la televisión a cada rato, saben la clase de individuo que soy, que en la noche me mimetizo con las sombras para verlos pasar fumando, parapetados sobre sus enormes carros blindados. No tienen la menor idea que por allí, en algún rincón de la oscuridad, puede existir escondido un muchacho pacífico fumando un puchito. Algunas veces contento, otras también triste y desolado, detenido en una punta del planeta contemplando boquiabierto un cielo pobre, sin estrellas, vacío de uno de los tesoros más preciados del universo.

La única ventana con luz a esa hora en la cuadra es la de Claudia. En realidad, es lo que supongo. Es una luz tenue que asoma por los bordes de la ventana, apenas un reflejo de luz amarillo ocre que las cortinas no consiguen ocultar del todo. Seguro que me gustaría saber que se queda haciendo hasta tan tarde. Aunque lo más probable es que me equivoque y la ventana corresponda más bien al dormitorio de sus padres, o al de alguno de sus hermanos. No sé. No tengo ninguna certeza al respecto. Jamás he conseguido visitar su casa. Así que sólo puedo suponer que es la suya. Soñar también que se desvela por mí, y que desde algún ángulo de esa misma ventana, sus pupilas me buscan subrepticamente, del mismo modo como lo hago desde la esquina, mientras fumo un cigarro tras otro pensando en ella. Seguro que me gustaría conocer la ubicación exacta de su dormitorio. Es uno de los juegos que me entretiene cuando estoy a esa hora hundido en el silencio de la noche, oculto entre los matorrales, o bien parado en la esquina al borde de la cuneta. Entonces, imagino hasta el color rosa de los muros de su dormitorio, huelo el perfume a agua de lavanda que caracteriza a Claudia, puedo imaginar también el lugar donde estudia, y hasta el mismo patio donde solía jugar cuando niña con sus amigas de la cuadra.

Rara vez las luces del primer piso de su casa se encuentran encendidas durante la noche. Eso me lleva a la conclusión que se acuestan temprano. No como en la de Daniel, que se ubica justamente al frente, y donde las luces del living y el comedor que dan justamente a la calle, permanecen encendidas hasta pasada la media noche. Es sabido en el barrio que al papá de Daniel le gusta comer tarde, cerca de la medianoche. Algunos lo tildan de vampiro por eso. Pero algo tiene el tipo, espigado, de sombrero, una sombra que avanza desde la avenida hasta la cuadra, mimetizándose con las sombras de los árboles.

La música continuaba

Volví a mi puesto de observación en el sillón. Seguía desocupado, esperando que mi esqueleto cayera otra vez rendido sobre él. La música continuaba sonando, haciendo vibrar los vidrios cuando el sonido del bajo era más pronunciado. Algunas parejas estaban ya métale atraque. Entre esas, descubrí sorprendido a la misma Marcia con Fernando. Se estaban dando los medios patos en la boca a vista y paciencia. Por suerte Gustavo no estaba para ser testigo de eso. Lo habrían matado los celos, el odio, la ira, la mala cueva también. Al parecer después de nuestra breve conversación bajo el parrón, por la puerta que comunica el antejardín con el patio trasero de la casa, se encargó de desaparecer sigilosamente del escenario, condenándose a sí mismo a vagar cargando su frustración. Palabra que me vi reflejado en él otra vez, aplanando la calle con ese duro peso encima. Posiblemente se encontraría en la esquina con Bernardo y terminarían esa noche convirtiéndose en una dupla inseparable. Nunca han sido muy amigos la verdad, pero a veces un sentimiento de frustración común ayuda a estrechar lazos con alguien para siempre.

-[Cállate Filósofo cabrón! -me interceptó repentinamente el Guatón Jaime. Lo quedé mirando atónito, pensando que uno de los dos tendría que estar loco en ese momento. Yo estaba en el sillón, sin abrir la boca, solo, concentrado en mis pensamientos. Sin embargo, Jaime me estaba increpando por haber dicho algo.

Lo miré y por la cara de payaso que puso, advertí que me estaba tomando el pelo. Le hice entonces el típico gesto con la mano que simboliza una araña patas arriba. Pero el Guatón insistió:

-[Sigue pensando Filósofo y vas a terminar todavía más loco! □Todavía nadie te ha visto bailar! ¿Acaso se te olvidó mover los pies?

Parece que se había tomado sus buenos tragos de pisco el compadre, porque su rostro acusaba una excitación bastante inusual en su persona, a menos que Loreto estuviera

influyendo al permanecer todavía pegada al gordo, cuando la música invitaba más bien a bailar separados.

Volví a pararme. Esta vez al baño. El baño estaba ocupado, así que tuve que esperar, tocándoles el violín a Marcelo y Macarena que estaban atracando en el pasillo que se encontraba a media luz. Cuando se percataron, pararon de besarse un rato, pero después siguieron.

De pronto la puerta del baño se abrió, y salió del interior Ulises sonriendo.

- Hola Filósofo -me saludó con esa voz gruesa que lo caracteriza desde pequeño. Pero pasé colado haciéndole apenas un gesto de reconocimiento con la mano. Estaba apurado, la verdad.

Metido en el baño

Mientras estuve metido en el baño, me miré un rato al espejo antes de volver a salir. Las espinillas me parecieron bastante disimuladas. No como a Gustavo, que después de mirarlo esa noche había quedado impresionado de su aspecto. El tipo tenía la piel erosionada, saturada de pequeños cráteres, algunos a punto de desprender la lava.

Después de mojarme el pelo me peiné con la mano, procurando que quedara bien marcada la partidura al medio y salí otra vez al pasillo justo en el instante que Marcelo hacía amago de meter su mano izquierda por debajo de la polera de la Maca. Al sentir el ruido de la puerta, dejó caer disimuladamente la mano hacia abajo. Su actitud de hombre perseguido me pareció casi ridícula. Seguro que iba a decirle algo, algo así como no le corras mano a mi amiga, compadre. Pasé por su lado sin mirar a ninguno de los dos. No obstante, cuando estaba por entrar al living otra vez, la Maca me llamó para pedirme un pucho. Tuve que sacar la cajetilla del bolsillo delantero de la casaca y ofrecerles cariñosamente al par de perlas.

Marcelo se tiró de hocico también. No tenían ni siquiera fósforo. Saqué el Ronson que llevo conmigo y les puse encima de sus caras una llama de este volado. Casi del tamaño de una cuarta. El olor a bencina blanca quedó flotando en el pasillo por un instante.

-Gracias -dijeron al unísono una vez que ambos puchos estuvieron encendidos.

-De nada -respondí en forma clásica. Volviéndome hacia la puerta del living que se hallaba al otro extremo del pasillo. Mis pasos retumbaron en el parquet esta vez. Deliberadamente hice sonar los toperoles de las botas que llevaba puestas. Se los había mandado a poner hacía poco, a disgusto de mi vieja y de mi hermana, por cierto.

Crucé la pista de baile en dirección al sofá, pero esta vez lo encontré ocupado. Julio César estaba echado sobre él en actitud de relajación total. Los brazos los tenía cruzados por detrás, sosteniendo la cabeza con la manos, y sus piernas estaban completamente estiradas. Solo le faltaba pegarse un bostezo. La verdad que parecía un tipo echado al sol en una playa solitaria.

Entonces torcí la dirección hacia el comedor, sabía de la existencia de una silla pegada a la pared junto a la mesa que rara vez alguien ocupaba, porque el espacio era mínimo.

Pasadas las once

Pasadas las once de la noche sonó la chicharra del timbre. Lo oí nada más porque estaba en el comedor, al lado de la cocina, todavía sentado esperando que la mano del destino me moviera de allí. Una luz interior me advirtió que Claudia llegaba. La corazonada fue exacta. Isabel, la hermana del Guatón salió a abrir la reja después que le avisé que estaba sonando el timbre hacía rato.

Mi primera reacción al verla sonriente allá en el hall de entrada junto a las otras dos muchachas fue pararme del asiento y ponerme algo así como en guardia. Ahora o nunca, juré en aquella esquina sombría del comedor, como si en un par de minutos más fuera a salir del rincón de un ring a jugarme el destino frente a otro boxeador.

Por supuesto que el Guatón, pendiente también de mis asuntos, hizo un gesto con la mano indicando hacia la entrada, creyendo el mamerto que todavía no me había percatado de la presencia de Claudia. Me hice el desentendido y agachado busqué la botella de pisco fondeada debajo de la mesa y le puse un resto a mi vaso de coca cola, suponiendo que una gotas de alcohol me darían el valor suficiente para entrar en acción. Después, entré a la cocina cruzando la puerta batiente que la comunicaba con el comedor, bajo el subterfugio de ir en busca de hielo para la piscola que acaba de dejar servida sobre la mesa.

Mentira. Cierto que el hielo se había acabado hacía rato, pero entré a la cocina nada más que para darme un impulso, para hacer tiempo. Todavía al muy pelota me parecían poco las horas perdidas durante la espera. Igual abrí el refrigerador, vacié una cubeta completa de hielo cuadrado en el interior del tiesto, y salí de vuelta otra vez cruzando la puerta de vaivén por donde había entrado.

En el comedor se hallaba ahora sentado junto a la mesa Simón, baterista frustrado. La música se desparramaba deliciosa todavía a través de los parlantes, pero el tarado de Simón no andaba ni cerca con sus manotazos sobre la mesa, que pretendían seguir el ritmo. Bebí un largo trago después de dejar la hielera sobre la mesa y ponerle dos cubos que anduvieron rebalsando el vaso. Acto seguido, creo que casi me mandé la piscola al seco de lo valiente que empezaba a ponerme. Sentía que mi pulso había entrado a una fase de aceleración constante y que sólo un paro cardíaco podría detenerlo. Luego caminé hacia el living con el vaso en la mano, sin dejar de mirar por cierto de reojo hacia la entrada. Todo seguía igual allí, los muchachos bailando como gorilas sobre el bruñido parquet que empezaba poco a poco a perder su brillo inicial por causa del baile, y también por las infaltables gotas de bebidas que suelen ir a dar al piso después del correspondiente zangoloteo de vasos que nunca falta en una fiesta. El mismo Negro -encargado voluntario del servicio esa noche- había dado vuelta al menos un vaso de bebida.

Claudia continuaba en el vestíbulo conversando con Isabel. Calculé que la conferencia tendría para rato. Las mujeres siempre tienen para rato cuando se ponen a conversar. En el liceo, parecen verdaderas cotorras durante las horas de clase y para qué decir en el recreo. Lo peor es que no hay nadie que las pueda hacer callar. A mi hermana le da por hablar y reír algunas noches cuando estamos a punto de dormirnos, y mi viejo por más que rezonga desde la siniestra oscuridad de su dormitorio, sigue muerta de la risa.

Fama de hiperquinético

Miré hacia mi puesto de observación y lo vi vacío otra vez, así que encaminé mis pasos hacia aquel ángulo oscuro del salón para sentarme otra vez. Parece que, en definitiva, es la posición que más me agrada últimamente en este mundo. A pesar que cuando chico tenía sobrada fama de hiperquinético. A mi hermana la volvían loca mis redobles de batería sobre la mesa, las paradas y sentadas de improviso, el sube y baja la escala justo cuando ella se encontraba barriéndola. Pero más que nada por el golpeteo de mi pie derecho sobre el parquet a la hora de almuerzo, después del colegio. A veces nos agarrábamos firme del moño por eso. Aunque eso fue mucho después, cuando la superé en fuerza y velocidad y se le acabó su potestad sobre mí existencia.

El caso es que me senté en el sofá porque a Claudia la invitó a bailar Rodrigo, antes que me diera cuenta. Y se puso a bailar el patudo con ella en el mismo hall, ni siquiera entraron al living, dejándome el cuello más estirado que el de una jirafa. Hasta ese momento no me había percatado de su existencia, la verdad. Tampoco estaba enterado de que el Guatón lo hubiese invitado. El caso es que allí estaba bailando con ella, mientras yo comenzaba a tragar saliva amarga. Por pavo, naturalmente. Porque por vivo no podía ser. Entonces el guatón acaso oliendo alguna desgracia, se acercó para decirme al oído que había tenido que invitar a Rodrigo por compromiso.

-Acuérdate la mansa fiesta que hizo en su casa en marzo. No podía dejarlo afuera, Filósofo -confesó sonriente.

Permanecí en silencio, sin dejar de mirar a través de la mampara de vidrios hacia el vestíbulo, donde las siluetas de Claudia y Rodrigo se movían al ritmo de la música. En ella destacaba el pelo, la luz de la lámpara colgante bajaba por su cabellera como una cascada de diamantes.

-Podrías haber avisado al menos -reclamé. Poniendo una cara desagradable, del tipo animal embrutecido por el exceso de sentimentalismo que vagaba por mis arterias.

-Aunque da lo mismo -rematé después, sonriendo con cara de idiota, tratando de arreglar la situación absurda en que me había metido. Estaba claro que la fiesta no era mía, y derecho no tenía ninguno para reclamar los invitados. Pero el echo de ver a Rodrigo allí encendió la mecha de muchas cargas de dinamita ocultas en mi interior, y no podía asegurarle a nadie

cuando iban a comenzar a reventar. Por Rodrigo sentía algo más que aversión. Se suponía que el uno para el otro estábamos en la categoría de mejor amigo hasta hace poco. Pero ahora apenas nos saludábamos al pasar. A pesar que cuando niños asegurábamos al unísono que nuestra amistad iba a perdurar a través del tiempo. Sin embargo, las veces que nos toca jugar al fútbol en equipos contrarios, sucede algo extraño. Le baja el odio y poco menos que me persigue para darme patadas, y como yo no me puedo quedar, nos damos cada vez más duro. Bueno, claro que las pichangas de barrio suelen ser así, acaloradas, cargadas de un furor cercano al odio, al crimen, donde las patadas y las zancadillas son acaso la parte más importante del juego. Ese día era cosa seria lo duro que nos estábamos dando ambos. El equipo de Rodrigo iba perdiendo. Nosotros creo que les hacíamos burla. Rodrigo hervía de rabia, y al parecer el odio más grande lo tenía esa tarde conmigo, todo porque había tenido la dicha de meter tres goles, como nunca en mi desgraciada vida de futbolista frustrado, semejante a la de tantos otros jugadores estériles frente al arco contrario. Yo estaba contento de verdad, casi eufórico, y palabra que no lo podía evitar. Por eso no le hacía demasiado caso al tipo, pensaba que Rodrigo de algún modo entendía eso, mi pequeña victoria particular. Pero nada, seguía trancando lo más firme que podía toda vez que yo llevaba la de cuero entre los pies, supongo que obsesionado con la idea de quebrarme una pata. Cerca anduvo, porque la última que me asestó en las canillas fue con premeditación y alevosía, momento crucial en que pude ver clarito el universo estallar con su champaña de estrellas. Quedé tirado en medio del campo de juego, en medio de esa cancha donde acostumbramos jugar a la pelota los sábados por la mañana. Creo que nunca me he sentido más poca cosa en la vida que esa mañana tirado en el suelo por causa de un puntapié de mi supuesto mejor amigo. Después nos agarramos a puñetes sin más trámite. La cancha se transformó en un ring. Ambos equipos formaron a nuestro alrededor el correspondiente cuadrilátero. En mi rincón estaba el guatón, por supuesto, dándome consejos de como asestarle el golpe definitivo.

-Acuérdate de Alí, de como se mueve Mohammed Alí-, gritaba el muy bruto. La pelea no debió haber durado más cinco minutos, pero para mí fue más larga que una noche. Descubrí que aunque flaco, Rodrigo tiene los nudillos más duros que un fierro. Yo estaba dispuesto a matarlo, y supongo que él también a mí, pero ninguno de los dos consiguió su propósito, a pasar que nos dimos bastante duro. Desde entonces no aparece los sábados a jugar. Sin embargo, allí estaba ahora el desgraciado, al parecer dispuesto a estropear mis planes.

Envuelto en mi abrigo

El Guatón después se volvió hacia Loreto que lo esperaba todavía a un costado de la pista, ansiosa de seguir bailando, mientras yo me resigné a continuar atornillado en el sillón. Eso es lo peor que tengo. Siempre me voy quedando donde mismo. Igual que ahora, igual que la mayoría de los malditos sábados de mierda que me quedo esperando si aparece la mina esta. Igual que en las noches en que envuelto en mi abrigo de animal solitario, permanezco en la calle a la espera de ese rayo de luz celestial, que terminará por encandilar de una vez por todas mi pedazo de vida inútil, hacia un destino mejor que el que pueda atinar con mis manotazos ciegos, monocordes, imprecisos... Hasta que llega otra noche y así, supongo, pasaré el resto de la vida, esperando el momento preciso, el resorte que pondrá mi mecanismo en acción. Porque la verdad que no queda otra cosa que confiar en eso, en que a uno le va caer la teja de repente, y dejará de ser la calamidad que es. Y será como nacer de nuevo, para comenzar a recorrer por fin ese largo camino de triunfos, como se me ha ocurrido que debe ser la vida, y no la constante cadena de calamidades que uno ve a diario en la televisión, en los diarios, revistas, libros, incluso en las obras que llaman de arte, en esas porquerías de libros que a uno lo hacen leer en el liceo para puro deprimirlo más. Yo opino que uno está harto deprimido con su pedazo de vida para tener que seguir viendo todavía más tragedias. Hasta para eso somos masoquistas. Parece que nuestra mayor fascinación está en el dolor más que en la misma felicidad. Algunos gozan con eso, se deleitan creando personajes desesperados, y lo más increíble es que hasta les dan premios por recrear la porquería humana. Cuando debería ser lo contrario. Al fin y al cabo, lo que uno necesita es otra cosa. Lo que pasa es que uno se da cuenta de la carita larga de la gente. De mi vieja por ejemplo, que de un tiempo a esta parte es una queja más larga que la canción nacional. De mi viejo, que es un amargado de primera línea, a pesar de los premios que ha recibido por sus pinturas. Siempre alegando y alegando en contra del país, contra los milicos especialmente, asegura que son una peste en todo el globo. Cuando está ocioso, no para el viejo de quejarse. Por eso mi vieja prefiere verlo trabajando en su taller que metido en la casa.

Ahora entiendo por qué existen personas que se ganan la vida escuchando los problemas de otros. Hoy por hoy son una plaga. Lo peor es que no resuelven nada. Por el contrario. Pero ellos se sienten importantes, con autoridad para penetrar nada menos que la psiques humana. En el liceo hay dos orientadoras, cual de los dos andan más desorientadas los pobrecitas. Juran que hablando nos van a ordenar el mate. Misión imposible, digo yo. Les tenemos reticencia unánime. Especialmente, a la Chica, que es como le decimos a la orientadora de la mañana.

-Si mijito -dijo como veinte mil veces una mañana que le estuve contando algunos de mis asuntos. Me pilló volando bajo y me dio por hablar. Le conté hasta que no quiso más. Hasta que quedó mareada. Creo que la dejé loca, si es que no lo estaba ya de antes. Pero dale por preguntar acerca de la relación de mis padres. Seguro que quería ponerme de punta con ellos. Al fin y al cabo son mis padres, tuve deseos de insinuarle en más de algún momento. Pero la corté. Seguro que se iría de espaldas si de veras me pongo a contarle el montón de mariconadas que he visto en este mundo de Bilz y Pap. Como esta, por ejemplo. Seguro que

el maricón de Rodrigo tiene en mente levantarme la paloma esta noche. Quiere vengarse seguramente, vengarse del tremendo combo que le aforré ese día en la cancha.

Las doce de la noche

Pasadas las doce de la noche, después de bajar intencionalmente la intensidad de las luces, Isabel apareció en el comedor con una torta gigante con dieciséis velas encendidas. El Guatón corrió hasta allá de la mano de Loreto, mientras nosotros comenzábamos a cantarle a coro el clásico Cumpleaños Feliz. Cuando se acabó la canción, el gordo de un resoplido formidable, conforme a la amplitud de sus pulmones, apagó de un viaje todas las velas, arrastrando hacia los que estaban más cerca, una capa blanca de azúcar flor que llevaba encima la torta.

La madre del gordo salió de la cocina con más bebidas para depositarlas sobre la mesa. Isabel se fue con la torta hacia la cocina y al rato la vi salir junto a Mónica, a repartir los trozos en una bandeja. Por supuesto que agarré uno al pasar, sin levantarme del asiento. La encontré mala. Así que la deposité debajo del sillón. La aparición de Rodrigo me había descompuesto completamente el apetito. El desgraciado todavía seguía hablando con Claudia, mientras yo permanecía preso en una isla, pensando, pensando...

Lo que pasa es que me ha dado por pensar más de la cuenta. Pero no puedo evitar salir a medianoche a la calle a caminar largas cuerdas en medio de la manifiesta oscuridad, para intentar ordenar un poco las ideas que me dan vuelta en el interior del serpentín cerebral. Sin embargo, creo que lo único que he conseguido ha sido pasar el año entero resfriado y con un sueño a plomo al momento de levantarme en la mañana. Hasta dormido me quedé la semana pasada en clases de Castellano. Por supuesto que después no hallaba donde meter la cabeza de vergüenza. Eso es lo extraño en mi forma de actuar. Puedo darme perfecta cuenta de las cosas que me afectan. Sin embargo, no hago absolutamente nada por remediarlas. Por el contrario, a la noche siguiente vuelvo a mi vieja rutina de estudiante mediocre, a descolgarme como un gorila por la ventana para vagar un par de horas por las calles silenciosas y solitarias. Solo y hundido en la noche como un sonámbulo, extraviado sobre la superficie de un planeta que comienzo a descubrir poco a poco como un problema, como una ecuación que no me siento capaz de resolver, con este pedazo insignificante de cerebro que alguien me ha dado. Si mi mamá me sorprendiera alguna vez en esos trotes nocturnos, de seguro se caería de espaldas. Ella tiene una idea bastante más clara de las cosas, por

cierto. Para ella el mundo está bien hecho, especialmente porque existe Dios, asegura, aunque no lo haya visto nunca. En cambio yo tengo días en que me convengo en que debo estar chiflado. Varias veces me he encontrado frente al espejo del baño en una actitud bastante sospechosa, la verdad. Se me ocurre que ese cara de mono del espejo no soy yo. Entonces, como si en verdad no lo fuera, le he preguntado a la figura del espejo quién eres tú, y el otro, risueño, me ha dicho Martín Pizarro, sin asco. Es increíble esta cuestión. A veces he vuelto de la calle a mirarme otra vez, como si tuviera necesidad de hablar con el tipo ese, o de cerciorarme a través de él que efectivamente existo, que soy un individuo, que estoy vivo y todo eso. La verdad es que no sé si llamarlos ataques existenciales o de pura vanidad, parecida a la que sufre mi hermana cuando le da por acicalarse también frente al mismo cristal, o sencillamente demencia juvenil. También he cuestionado la maravillosa versatilidad del cristal, que es capaz de reproducir distintas imágenes, según quien se mire en él. Sin discriminar, que es lo mejor, sin preocuparse quien está allí. Así de loco compadre. Así de rallado ando. Al espejo no le importa quien se mire en él. Es neutro, neutro para mirar. En cambio yo no, presiento que mis pupilas están contaminadas, enfermas, colmadas de cataratas. Acaso por eso, cuando recuerdo mi niñez, vuelvo a sentirme un tipo feliz. En aquel tiempo lo pasaba bastante mejor que en la actualidad. De hecho no recuerdo haber vivido la clase de conflictos que ahora a diario atravieso. Entiendo que vivía relajado, satisfecho, sin grandes interrogantes atravesadas como espinas de pescado.

Es cierto. Todo ha cambiado. Incluso hasta el barrio. Hasta hace algunos años las cosas eran bien distintas aquí. Existían grandes pandillas de amigos, para todos los gustos y edades. El mismo día que llegamos a vivir a Pedro Prado, recuerdo, se presentó una de esas patotas a invitarme a jugar con ellos. Uno de ellos era Rodrigo. El mismo Rodrigo que ahora quiere levantarme la mina.

El primer día en el barrio

El primer día que llegamos al barrio tocaron el timbre para preguntar por mí, por el vecino recién llegado. Mamá entonces hizo pasar al grupo al living, pese al desorden y desparramo de cosas existente con motivo de la mudanza. Supongo que lo hizo también para informarse del vecindario, aprovechándose un poco de la situación, como suelen hacerlo las mujeres movidas siempre por esa curiosidad que las caracteriza. Quería esa noche saberlo todo, quiénes eran esos niños, qué edad tenían, dónde vivían, en qué colegio estudiaban, si vivían con sus padres, en fin; un rosario completo de preguntas más o menos típicas, tendientes a esclarecer con quien se juntaría en el futuro su hijo. Palabra que a mí me dio lata. No hallaba donde meterme. No obstante, después de aclaradas las preguntas y terminado el interrogatorio, recuerdo que Rodrigo me ofreció de entrada su Lugar a fulminantes, así que salí disparado a la calle a jugar con ellos a los gangster. Pude darme cuenta que ellos constituían un equipo, un equipo organizado de amigos, como no había conocido antes. Se manejaban muy bien, disponían de sus claves que los separaba del resto de las demás pandillas existentes. En la misma casa de Álvaro, que no quedaba a más de cuatro casas de la mía por la misma acera, su papá mantenía arrumbado al fondo del patio un auto. Un auto viejo, un cacharro, un Ford del año de la pera, pero todavía con muy buenos asientos, un volante cromado, macanudo, que giraba al menor movimiento. Creo que hice de chofer de la banda ese primer día, obsesionado con la idea de conducir. Álvaro, Gustavo y Rodrigo se

acomodaron en los asientos restantes. Nuestra misión fue asaltar un Banco. No había duda, éramos una perfecta banda de asaltantes. Además estaban de moda esa clase de películas en el cine, que amplificaba de una manera espectacular nuestra fantasía natural de muchachos. Lo pasé de maravillas ese primer día en el barrio. Además a ellos parece que también les gustó mi forma de ser, y desde entonces, no hubo ninguna tarde en que no pasaran a buscarme para salir a jugar. Nos convertimos en un cuarteto que denominamos Los Inseparables. Los sábados y los domingos nos reuníamos a jugar City Pool bajo la sombra del parrón de mi casa, o bien en un extremo de la terraza de Gustavo.

Estoy seguro que los amigos de la infancia no eran metalizados como ahora. Si uno entonces disponía de algo, estaba dispuesto a compartirlo con el resto de la pandilla. En cambio ahora nadie presta ni fía nada. Si uno no dispone de un libro de estudios, por ejemplo, no tiene más remedio que comprarlo. Antes se prestaban, o en el peor de los casos se arrendaban, a un precio módico, se entiende. En el barrio existía un cambio de revistas. Allí uno podía ir a arrendar tranquilamente un libro, y a la semana siguiente devolverlo, y sacar otro. En cambio ahora, esos negocios pequeños no existen en ninguna parte. En el barrio, de la noche a la mañana, se acabaron los Almacenes del sector. Dicen que quebraron. Se acabó con ellos también el comadreo de las nuestras madres en la verdurería, en el almacén, en la carnicería. Entiendo que ese cambio llevó a que las dueñas de casa dejaron de verse con la frecuencia y la cotidianeidad con que se veían antes, cuando se topaban a la hora de las compras en los distintos almacenes. Por lo mismo dejaron de ser amigas también. Las compras, lo mismo que mamá, comenzaron a hacerlas en el enorme supermercado que se instaló un par de cuadras más abajo, el mismo que aplastó con la sola fuerza del peso de sus ofertas y atractivas promotoras, cuanto negocio existía antes en el sector. Y claro, como el supermercado queda un poco más retirado, la gente dejó de comprar a diario, y comenzó a hacer sus comprar una vez al mes. Y por lo mismo, dejó de verse durante la semana a la gente que antes mantenía un tránsito ininterrumpido hacia los diferentes establecimientos comerciales existentes en el sector.

En fin. Todos esos cambios son demasiado notorios para pasar desapercibidos.

Especialmente para quienes somos espías de profesión, acostumbrados a vagar por las calles observando lo que acontece alrededor. Cierto es que a veces muchas cosas se me pasan por alto, pero no menos cierto es que las más de las ocasiones veo lo que hay que ver. Aunque claro, hay algunos asuntos que a uno no le gustaría, por copuchento que sea. Hace algunos días me tocó presenciar el encuentro de dos amantes y casi me caí de espaldas. Se trata de la mamá de Verónica. Alguien había insinuado alguna vez que la señora Gabi le ponía los cuernos al marido, pero nadie podía certificarlo como ahora puedo hacerlo yo. Venía del liceo bajando por Vicente Huidobro cuando la vi subirse a un Ford Falcón amarillo; y darle tremendo ni que pato en la boca al hombre del volante. Fue tal el impacto, que después no me atrevía a seguir avanzando por la calle para no tener que pasar frente al auto, así que caminaba refrenado, avanzando lo menos posible. Contaba con que el auto tendría que alejarse pronto, porque pensaba que no podrían permanecer juntos mucho rato allí tan cerca de nuestra cuadra, pero no fue así, el auto se mantuvo sin moverse de donde se hallaba estacionado y cuando me llegó el momento de pasar frente a él. Lo único que vi fue las dos cabezas muy juntas, besándose todavía. Lo demás, por supuesto, me quedó para la imaginación, como la mano de él que vi metida entre la falda de ella, en tanto la de ella la imaginé también hurgando en alguna parte íntima del hombre.

Antes del Golpe Militar

Claudia pertenece a la vieja generación, lo mismo que Gustavo y Rodrigo, a la de los vecinos que llegaron al barrio mucho años antes del **Golpe Militar**. Quizá sea esa también otra de las razones por las que la amo. Siento que hemos crecido juntos, porque existe un pasado que nos asemeja, que nos une en el tiempo y en el espacio. Más de alguna vez jugamos cuando niños en el mismo grupo a Las Naciones, al Partido Peleado, en fin, a una serie de juegos propios de la edad y de esos tiempos primitivos en que todavía los hombres jugábamos con las mujeres. Así que la he visto crecer, desarrollarse hasta convertirse en la mina que es hoy en día. Recuerdo que cuando la veía pasar en bicicleta, ya entonces me ponía a veces rojo de vergüenza. Especialmente cuando la veía en short, y sus muslos dorados despertaban en mí sensaciones de placer indescriptibles, como también de mucho dolor. Un dolor extraño, mezcla de placer, y a la vez de frustración por no poder acariciarlos al tacto. Alguien había comentado alguna vez que cuando creciera se convertiría en una diosa. Poco a poco esta premonición se ha ido haciendo realidad con el transcurso de los años. Hoy lo es, sin duda. Una diosa que resalta en medio de las otras por su luminosidad, por su pelo, por sus manos, por su forma única de moverse mientras cruza la calle.

Ahora con la cabeza hundida entre mis manos en señal inequívoca de pesadumbre, la estoy mirando desde mi rincón solitario, mientras atónito descubro que es un rol que me viene muy bien. Siento que casi me agrada vivir enrollado. Entonces quise relajarme encendiendo un cigarro, pero creo que me puse finalmente más nervioso aún con el cigarrillo humeando como una bomba de tiempo en la mano. El cigarro nunca me ha servido para nada, la verdad. Salvo para llenar mis pulmones de alquitrán. Una vez vi en el hospital del tórax el pulmón de un hombre fumador junto al de un hombre normal, ambos estaban flotando en el interior de un recipiente de vidrio rectangular. Los tenían en exposición en uno de los pasillos. Supongo que los tenían allí para presentárselos a quienes se resistían a dejar de fumar. Palabra que daba terror mirar ese pulmón envenenado, podrido, negro en contraste con el normal que se hallaba albo, limpio de sedimentos impuros. Uno se imaginaba inmediatamente que de la misma manera tendría que encontrarse el de uno. Claro. Esa era la idea. Yo había empezado a fumar en Primero Medio, a escondidas, por supuesto. Estábamos en una fiesta, y alguien, no recuerdo exactamente quien, en algún minuto invitó a salir al patio a fumar un Monza, como quien invita a algo grandioso, espectacular. La primera pitada la encontré asquerosa, la segunda y la tercera también. Pero ya a la fiesta siguiente la mayoría llegamos premunidos de la correspondiente cajetilla de puchos metida en el bolsillo, para pavonearnos delante de las minas supongo, con la idea esa, maravillosa, que sabíamos fumar. Imagino que sería también para hacerles entender de una vez que uno era ya un hombre, con todas sus cosas bien puestas, especialmente ciertas presas a las que

nadie parecía prestar la debida atención, ignorándolas con la consiguiente frustración que eso le producía a uno. Algunas cabras son o se hacen las mamertas. Creen que uno es poco menos que de fierro. A quien no le ha tocado algunas vez bailar un lento con una mina que se ha pegado a nuestro cuerpo para puro calentarlo no más, porque a la hora de darle un beso o tirarle un agarrón se ha hecho la desentendida.

Advertí a mi viejo

Durante el trayecto del hospital a casa esa tarde, creo que hice la más firme promesa de no volver a probar un maldito cigarrillo por el resto de mi existencia. Le advertí también a mi viejo que no fumara, ni menos esos tiparillos que suele fumar de vez en cuando, toda vez que le llega una platita extra. Le conté con lujo de detalles el asunto de los pulmones, incluso exagerando algo más la cosa, como para que le diera asco. Le dije que fuera a ver esos pulmones al hospital con sus propios ojos si no creía la cuestión. Pero parece que mis comentarios no le causaron ninguna impresión. Los ignoró. Incluso hasta lo vi fumar con más ganas ese mismo día. Las volutas de humo de su pipa, giraban como nubarrones negros sobre su cabeza.

Así fue que no pasó más de una semana, cuando me encontré otra vez con un pucho enterrado en la boca. Estaba en una fiesta en la casa de Oscar, y no supe cuándo le pedí un cigarrillo a alguien. A pesar que les había contado a la mayoría de los presentes el asuntito del pulmón negro existente en el hospital del tórax, tampoco ninguno de ellos se dio por enterado del problema. Así que de ahí en adelante seguí fumando igual que antes, bajo el convencimiento que no tenía caso privarse de hacerlo, cuando el resto de los mortales lo hacía sin ningún escrúpulo. Además el humo le daba un encanto especial a la noche cuando uno se encontraba solo. Solo humeando argollas hacia el cielo para cazar con ellas algún mezquino pedazo de eternidad. En la casa de Oscar fuma hasta la abuela, y la abuela tiene una tonelada de años encima y esta viva, viva a pesar del humo, piensa uno. Por eso cuando las fiestas son en su casa todos fumamos cara de palo. Incluso a veces hacemos apuestas, apuestas de quien fuma más. Claro que el ganador no puede ser otro que Gustavo. Gustavo

llega casi siempre provisto de dos cajetillas a una fiesta, se las fuma las dos y al otro día sigue vivo el desgraciado. Eso es lo más increíble. ¿Cómo lo hace? ¿Cómo se las arregla? Tiene pulmones con capacidad de horno de barro para amontonar el humo en sus murallas. El cigarrillo le ha cambiado hasta la voz al compadre, porque saca una voz ronca como de locutor de radio efe eme. A las minas en general les gusta ese tipo de voces, y como se ha dado cuenta de ese detalle, sabe explotarlo, sacarle partido al máximo. Una vez hasta ofreció prestarme su voz para llamar a Claudia por teléfono. Según él, ella iba a quedar muy impresionada por eso. Le contesté si acaso estaba enfermo del mate.

- No sería la primera vez que lo hago -contestó, con aires de súper héroe-. Mis primos suelen pedirme con bastante frecuencia esa clase de favores.

- Entonces tus primos son unos tarados -le contesté enrabiado.

Lo que pasa es que se me subió la temperatura con la autosuficiencia del compadre. Está bien que se sienta seguro de sus talentos, pero no por eso puede sentirse con derecho a manipular a los demás de esa manera. El solo hecho de pensar en lo que podría suceder después, cuando Claudia advirtiera que yo no era el tipo que la llamaba por teléfono sino otro, me produjo una sensación de vergüenza insoportable. Aunque me costaba imaginarla a ella creyéndose un cuento tan estúpido.

- Una mina tendría que ser enferma de tonta para enamorarse de la voz de alguien- le comenté a Gustavo todavía con tono de viejo enojón.

- Pero pasa, compadre, pasa bastante más a menudo de lo que tu te imaginas. ¿Acaso a ti no te ha pasado nunca, tarado?

Después que se fue, igual me quedé pensando en que tenía algo de razón en eso. Recordé que cuando recién llegó la línea telefónica a nuestra casa, solíamos hacer pitanzas con mi hermana bastante a menudo. Entonces yo no tenía más de doce años, y algunas veces conseguíamos engañar a más de alguien por teléfono.

El asunto de Claudia

Durante las últimas semanas, aquí en el barrio, la he revuelto demasiado con el asunto de Claudia. Eso lo sé. Hablo de ella cada vez que puedo hacerlo, pregunto si alguien la ha visto, si saben algo nuevo de su vida, si está pololeando, si algún extraño la visita, etc. Puede ser por ese motivo que mis amigos de verdad quieran prestarme alguna clase de ayuda. Para eso están los amigos, ¿No? Sin embargo, sospecho que los debo tener a tal extremo enfermos con el tema, que quieren a toda costa que los deje de una vez en paz, que esta historia se termine, que cambie de tema, que hable de otra cosa, porque según dicen parezco disco rayado. Hasta el Guatón comentó un día si no quería que intercediera por mí hablando directamente con Claudia.

-Yo la conozco bastante más que tú -dijo sacando pecho y poniendo cara de hombre serio.

-Acuérdate que hasta he sido compañero de curso con ella en el liceo -apuntó después, sintiéndose algo así como un ser superior.

-¿Para decirle qué? -le pregunté, sorprendido por la audacia de mi amigo.

-Que te gusta. ¿Qué otra cosa le puedo comentar de ti? No creas que le voy a decir que te pareces a James Bond, o que la tienes más grande que el resto de los mortales...

La idea me pareció macabra. De sólo imaginar al Guatón Jaime con sus mil caras de payaso contándole mis intimidades amorosas, me revolvió el estómago durante una semana por lo menos. Además, a ella ni a otra le iba a parecer nada de bien que otros anduvieran intercediendo por mí como si yo fuera un adolescente de quince años que apenas se maneja. De seguro pensaría que no me atrevo a hablarle en privado, que soy una gallina o algo por el estilo. Las mujeres suelen sacar ese tipo de conclusiones respecto de los hombres. Son viejas zorras, opina toda vez que puede mi viejo. Tu crees que las eliges, pero olvídate, son ellas las que escogen primero, mucho antes que hayas abierto los ojos por alguna. Si no, pregúntale a tu madre. Siempre supo que terminaría cazándome, je, je...

-Tendría que estar loco para pedirte un favor de esa naturaleza -le contesté finalmente al Guatón, para cortarla de raíz de una vez por todas con el tema.

-Entonces arréglatelas solo -dijo después y se despidió enojado conmigo. Como si yo lo hubiese herido en alguna parte sensible del alma.

El Guatón tiene su genio también el compadre, cuando alguien le pica el amor propio es capaz de cualquier cosa, hasta de hacerse el choro, aunque después sea el primero en salir arrancando. Aquí en el barrio es uno de los corderos más mansos del rebaño. Rara vez suele molestarse por algo. Siempre uno lo ve satisfecho de sí mismo, metido en ese pellejo gelatinoso, sudando la mayor parte del día. Pero buena onda el tipo. Súper buena onda.

Un revólver calibre 45

Si esa noche no conseguía hablar de una vez por todas a solas con mi vecina, me sentía resuelto a pegarle un tiro al huevón de Rodrigo por intruso. Mi viejo guarda celosamente un revólver calibre 45 que heredó de su abuelo, y yo de vez en cuando suelo tomarlo en mis manos para acariciar el celo de su gatillo a la manera de los pistoleros de los western. Dice que con esa arma formidable peleó el abuelo en la **Guerra del Pacífico**, y que se echó al pecho a unos cuantos peruanos. Claro que no le creo mucho. Mi viejo tiene imaginación de escritor policial el compadre. Una vez contó una historia, una larga historia, dijo que en una oportunidad había retado a duelo a un fulano y que, con esa misma arma, casi lo mandó a descansar al otro patio de un sólo tunazo. Dice que fue por causa de una mujer, por el amor de una mujer. Seguro le contesté, incrédulo por supuesto, con los ojos abiertos y encendidos con la luz blanca del asombro mismo. Aunque después, pensándolo un poco, llegué al convencimiento que bien podía ser capaz yo también de una cosa parecida. Sentía la ira suficiente como para meterle un tiro en el cuerpo a alguien. Dicen que las balas -que son más o menos de este volado- hacen un agujero pequeño al entrar, pero salen llevándose la mitad de la espalda de un hombre.

Entonces fue cuando me paré del sofá, y comencé a acercarme tranquilamente hacia a ellos. Sabía que apenas restaban un par de segundos para que terminara **Morning has broken** de Cat Stevens. La canción la sabía de memoria, lo que se llama saberse algo de memoria. Pensaba invitarla a bailar el tema siguiente pasara lo que pasara, cualquiera fuera la música. Rodrigo se dio cuenta de mis intenciones, porque de inmediato lo vi conversarle más animadamente, mientras tomados por los hombros continuaban bailando. El tipo parecía

que estaba decidido igual que yo esa noche a jugarse el destino hasta la última carta. No obstante, no podía dejar de preguntarme si sus intenciones eran honestas, o lo estaba haciendo única y exclusivamente para vengarse. La última hipótesis me parecía bastante más probable que la primera, dado que durante todos esos años que habíamos sido amigos, nunca habló de estar enamorado de ella. Por el contrario, siempre era yo el jetón que estaba haciéndole comentarios al respecto. De ser posible la primera hipótesis, tendría que concluir que mi mejor amigo había sido siempre un cínico de mierda. O bien un tipo reprimido al extremo de ser incapaz de confesar a nadie sus deseos. No obstante, ahora estaba allí el desgraciado, atravesado en mi camino con el propósito deliberado de no dejarme avanzar.

Morning has broken terminó y hubo al menos unos segundos de silencio en que sentí que estaba algo así como en otra galaxia, pisando una superficie que no era tierra, sino aire. Me sentía flotando en el espacio como Neal Armstrong durante su mítico alunizaje del 69.

Rodrigo me daba la espalda en ese momento. De manera que Claudia estaba frente a mí sonriéndole a él a propósito de lo que conversaban, aunque a mí me parecía lo contrario, que me sonreía a mí mientras me acercaba cruzando la sala en dirección a ella.

Entonces, Daniel dejó caer por segunda vez el long play de Creedence esa noche, y cuando la aguja del toca discos liberó a través de los parlantes el tema **Proud Mary**, atrapado en los surcos del disco, salté como un puma hacia Claudia para invitarla a bailar. Rodrigo no alcanzó a percatarse de mi audacia, se volvió hacia mí con un rostro sorprendido, la boca abierta, las córneas inflamadas, en tanto Claudia daba un paso hacia adelante para salir a bailar conmigo, dejándolo a él petrificado contra la pared.

La música estaba sonando la raja otra vez. Todos salieron a bailar desde sus escondrijos. Hasta Marcelo con la Maca reaparecieron en la fiesta otra vez, más alegres y sonrientes que nunca. Llevaban más de una hora extraviados por los vericuetos de la casa, conjuntamente con otras parejas. El Guatón reventó un par de globos que estaban colgados de la lámpara. El estruendo provocó gritos y risas destempladas. Después, apareció el Negro con una corneta de cumpleaños de niños y estuvo un rato interminable haciendo ruido con ella, aportillando **Bad moon rising**. Alguien disparó serpentina desde alguna parte, y a los pocos segundos todos estábamos bailando en medio de las tiritas de papel que iban a dar enredadas al piso. Claudia se hizo un cintillo con un trozo de serpentina, amarrándosela hábilmente por detrás. Quise imitarla pero no pude, terminé haciendo un collar.

Nadie puede permanecer sentado ante el sonido de Creedence. Es lo típico. Incluso, suele ocurrir a veces que nos peleamos las mujeres con tal de salir a bailar. Claro que no falta el que queda sin pareja y comienza con el típico jueguito huevón ese de la escoba. Esa noche, si alguien venía con el cuento de la escoba, estaba dispuesto a matarlo al desgraciado. Lo juro. Por suerte nada de eso sucedió. Parece que más de alguno se dio cuenta de mi estado de locura, y me dejaron bailando con ella en paz. Los demás la revolvieron un kilo con el asunto de la escoba, mientras la aguja del tocadiscos avanzaba pasando de una canción a otra.

En nuestras fiestas escasean a menudo las mujeres, y por eso ninguno de nosotros puede entender al tarado que se le ocurrió asegurar que existían en el mundo siete por cada hombre. Si eso fuera realmente cierto, más de algún afortunado se estaba cargando día y noche a las mías.

Lookin out my back door levantó el baile a la altura de las nubes. Y el lento **Who'll stop the rain**, nos dejó locos. Se trataba de la primera vez que mis brazos circundaban la estrecha cintura de Claudia, y también la primera vez que mi nariz rozaba por momentos las finas hebras de su cabello, produciendo un cosquilleo cargado de ondas magnéticas.

Terminado el lado A del long play, nos acercamos juntos al comedor a tomar bebida con abundante hielo. La noche comenzaba a encenderse como un volcán en mis entrañas, y a ratos presentía que al menor descuido se me podría desbordar la lava. Mis pupilas bajaban y subían por las mejillas de Claudia, descubriendo nuevos ángulos de su rostro. Se detenían un segundo, y continuaban embobados admirándola.

Así, con el long play **Noche cálida de Agosto** de Neil Diamond como telón de fondo, estuvimos contándonos pedazos significativos de nuestra existencia, después que nos sentamos frente a una suculenta bandeja de canapés emadurnados con deliciosas pastas. Largo rato permanecimos comentando el rompecabezas de nuestro pasado, de un pasado donde había mucho en común, por el hecho concreto de vivir durante tantos años en un mismo barrio.

Mientras la oía hablar, no podía creer que en verdad pudiera ser yo el que estaba allí conversando con ella. Los zumbidos del motor de avión que mantenía atrapado en mi corazón, se oían en ese momento a cien metros a la redonda. Sin duda quería volar. Y, poco a poco, comenzaba a comprender que me encontraba rodando sobre la pista de vuelo, para despegar en breves instantes hacia un destino desconocido, impreciso, pero excitante como ningún otro.

-¿Por qué escribiste eso? -preguntó en forma repentina, interrumpiendo el curso de la conversación que llevábamos en ese momento. Estaba claro que se refería al poema de Bécquer que le había enviado días atrás, movido por la locura y la desesperación.

-Porque no pude aguantarme el deseo de hacerlo -contesté de manera lacónica. Sabiendo que mi en rostro se iba a encender la luz roja.

-Nunca pensé que tú fueras capaz de algo así, Martín. Me desconcertaste, la verdad.

-¿En serio? -pregunté, buscando la manera de apagar la luz que efectivamente se había encendido en mi rostro a más no poder, alimentada por la fuerza de un dínamo formidable.

-Había imaginado cualquier cosa acerca de ti, menos que te gustara leer poesía, Martín.

-Mira, Claudia, cuando uno te ve a ti, cualquiera termina siendo poeta algún día -Se lo dije con franca sinceridad, sin ironía, lo juro.

-Esa si que no te la creo, contestó sonriendo, sonriendo con sus grandes ojos fijos, encendidos, luminosos como los astros nocturnos. Aunque, al rato después, su rostro se ruborizó suavemente como pétalos de rosa.

-Ese poema de Bécquer me interpreta, me interpreta plenamente -insistí, sin dejar de mirarla, sin dejar de sentirme envuelto por un campo magnético que me acercaba cada vez más a ella, a su cuerpo, a sus manos blancas, que estaban allí muy cerca de las mías...

Pensaba estudiar Medicina

Esa noche Claudia me contó que pensaba estudiar medicina en la Universidad de Chile el próximo año. Comentó que le gustaba mucho esa carrera. Lo dijo lo bastante segura de sí

misma como para creer que efectivamente tenía vocación para tratar con enfermos y hospitales.

-Es una forma de ayudar a los demás -agregó más adelante, para reforzar su comentario. El problema se suscitó para mí después, cuando ella preguntó a su vez que pensaba estudiar 8yo. Entonces fue cuando volví a quedar con la pantalla en blanco. Nada podía distinguir en esa pantalla que no fuera su irritante luminosidad de luz blanca, fluorescente. Recuerdo que comencé a parpadear tupidamente, mientras se encendía el rojo granate otra vez en la ampolleta de la cara. Luego la vi a ella abrir los ojos extrañada y comentar en tono de reproche:

-[Cómo no vas a saberlo, Martín! Es el colmo.

-No lo tengo claro -insistí. Serio. Dándome esta vez cierta importancia al hablar, porque sentí que una luz de genialidad se me encendía al mismo tiempo.

-Claro que me gustaría estudiar una carrera, pero no tengo ninguna certeza acerca de cuál podría ser realmente esa carrera en particular. Me gusta todo y a la vez no me gusta absolutamente nada.

Terminé rematando el discurso, como buen filósofo de pacotilla. Pero se trataba de la verdad, la más absoluta verdad acerca de mí mismo. Sabía que tanto me gustaría llegar a ser astronauta como cardiólogo, pero comprendía que para mí cualquiera de las dos cosas constituían un sueño imposible, tan imposible como llegar a ser algún día Superman. Estaba al tanto que la puerta de acceso a la universidad, no se abría fácilmente, que era demasiado estrecha para dejar pasar a los estudiantes mediocres. Eso lo sabíamos la mayoría de los compañeros del liceo y también algunos amigos porros del barrio. Mis calificaciones no servirían en ningún caso de salvoconducto. Con respecto a los resultados de la famosa Prueba de Aptitud, se sabía que terminaban siendo más fortuito que cualquier otra cosa en el mundo. Y la mía, la suerte mía, la consideraba más bien negra la cosa. Negra, por cierto, en relación a la suerte de otros amigos que conocía y admiraba por lo mismo, por su fortuna, por su facilidad para moverse, para saber lo que andan buscando. Conocía algunos tipos que habían comenzado a escalar por el monte escarpado de la vida impulsados por las alas de la fortuna desde muy pequeños, como el mismo Fernando, que iba derecho para abogado. El tipo disponía de una labia feroz, muy propia de los grandes abogados que terminan siendo políticos famosos, con un puesto en el senado y todos esos privilegios que se saben propios de los políticos. Claro que sus notas no bajaban nunca del seis, sino más bien ascendían hacia la cima en busca de esa maldita perfección llamada: cumbre o siete.

-Deberías preocuparte de eso un poco más, Martín

-comentó Claudia todavía extrañada de hallarse frente a un estudiante de tercera categoría, me imagino.

-Es cierto, contesté. Pero te aseguro que hay otros caminos también en la vida.

-¿Como cuáles, por ejemplo? -preguntó incrédula, pero al parecer interesada en la propuesta, pestañeando suavemente, parecida a esa muñeca de carey que mi abuela mantenía tumbada sobre su cama.

-Tú, por ejemplo, tú eres un camino, acaso el mejor de los caminos que he conocido hasta aquí -le dije sin dejar de mirarla por un solo instante a los ojos. A esos ojos donde podía verse flotando el misterio mismo del universo sin que causará pavor, sino un entusiasmo desmesurado por aventurarse lo más pronto posible en él.

Luego, impactada por la respuesta, se dejó esa noche besar tranquila cuando mis labios buscaron los suyos. Después, nos pusimos a bailar otra vez, aunque bastante nerviosos al principio, limitados por el estupor de hallarse de pronto viviendo algo que minutos antes sólo formaba parte del mundo onírico.

Alguien nos estaba espiando

En algún momento, mientras bailábamos **Have you ever seen the rain**, me di cuenta que más de alguien nos estaba espiando.

Fue un presentimiento repentino y violento el que me llevó a darme vuelta para mirar a nuestro alrededor. Entonces, sorprendí al Guatón in fraganti indicando hacia nosotros con el dedo índice, al tiempo que ponía una de sus caras de payaso idiota que tanto nos hace reír. Su máscara facial se transforma como si fuera de plástico.

-¡Que se casen! -comentó alguien a viva voz. A mí me pareció oír claramente la voz de Rodrigo, pero en verdad dudé que realmente pudiera ser la de él. No esperaba, desde luego, oír decir a él menos que a nadie algo por el estilo. Suponía que se encontraba sino solo y triste en el patio, en el baño con la cabeza en el W.C y a punto de tirar la cadena. Al menos eso habría hecho yo en su caso.

-¡El Filósofo se va a casar! -gritó a su vez Juan Carlos, con su vozarrón inconfundible. Se produjo a continuación una carcajada general.

Entonces, un grupo de amigos se acercó a nosotros y nos rodeó como si fuéramos personajes famosos. Por supuesto que ambos nos pusimos color tomate. Era ridículo, claro, pero había que estar allí para tratar de no sentirse afectado por la fuerza y la presión de la masa. Afortunadamente, alguien

-porque esta vez Daniel estaba dentro del grupo de gente que nos rodeaba- en ese mismo minuto metió un disco de Let Zeppelin en el tocadiscos, y el estruendo que se produjo cuando explotó la música por los parlantes, nos liberó del ruedo, de las miradas y los comentarios, todos se pusieron a bailar.

Entretanto, mientras la música seguía estallando por los parlantes, descubrí a Graciela enfocando sus pupilas directamente hacia nosotros. Hacía rato que ella había enganchado con el único paracaidista procedente de otro barrio que dejara entrar el gordo movido por la misericordia, aunque más que nada por ser el tipo un conocido de Daniel.

La sonrisa picarona de Graciela irradiaba alegría. El tipo la mantenía bien arrinconada contra la muralla, supongo que haciéndola sentir cosas excitantes y novedosas, porque su rostro denotaba algo más que felicidad. Desde allá, la vi cerrarme un ojo y hacerme el gesto de la victoria con el pulgar derecho. Se lo agradecí ciertamente. Graciela tiene eso, es siempre una muchacha solidaria. Yo también le cerré uno de los míos y después se me ocurrió la astuta idea de tirarle un beso a la distancia, a espaldas de Claudia, se entiende. Me lo devolvió estirando sus labios como capullos de rosa roja. Entonces el ego se me hinchó como un globo en el interior del pecho. Comencé a sentirme lo que realmente se llama un seductor, un don Juan, un James Bond, claro que metido en una fiesta de barrio, se comprende... Pocas veces me había sucedido algo semejante. Para ser más exacto, nunca. Mi itinerario amoroso estaba más cargado a la frustración que al éxito. Claro. Comprendí que era mi gran noche. No había dudas. Necesitaba aprovecharla entonces. Comenzaba a

presentir que algo importante iba a cambiar en mi vida. Así que invité a la pista otra vez a Claudia y me puse a bailar bastante más desinhibido que al principio. Dejándome llevar por el ritmo sin poner ningún tipo de resistencia a los movimientos coléricos que iba despertando en cada uno de mis músculos, de mis piernas, de mis brazos, de mi cabeza incluso.

Claudia al parecer notó la diferencia porque dijo algo así como -qué te pasa-, luego también la vi moverse a ella con mayor seguridad y confianza en sí misma. Después intentamos unos pasitos preconcebidos, así que al rato estábamos bailando realmente como una pareja de baile, al más puro estilo de Música Libre. La vida comenzaba a cambiarme. Quizás ya no volviera a salir a vagar solo por el vecindario durante la noche, pensé. Entonces me vi a mí mismo caminando sin sentido por la calle mirando hacia la profundidad de la noche como un lobo solitario. Supuse que ya no tendría que seguir buscando la estrella para alumbrarme. Estaba ahí, frente a mí, bailando conmigo. Se había caído del firmamento como tantas otras estrellas fugaces que suelen desprenderse de la bóveda celeste para ir a parar a un sitio determinado. Quizá el lobo solitario ya no volvería a vagar. Se acostumbraría a compartir con alguien su destino, su soledad, sus sueños. Las pupilas de Claudia no dejaban tampoco de mirarme como a un ser extraño. Y la verdad que siempre lo he sido, un ser que se oculta en su caparazón de tortuga, el caracol y otros bichos semejantes. Nadie puede evitar ser como es, esa es la frase que dije un día y desde entonces me llaman Filósofo. No me agrada para nada, pero tampoco me siento ofendido con el apodo. Cuando papá se enteró, casi se murió de la risa. Era lo que estaba faltando en la familia, comentó entre risas. Mamá también lo tomó a la chacota, asegurando que los filósofos se morían normalmente de hambre.

Los punteros marcaban las seis

Cuando volví a mirar el reloj, los punteros marcaban las seis de la mañana pasadas. No lo podía creer. La noche se había esfumado como los sueños, dejando esa típica sensación de irrealidad impresa en nuestros pensamientos respecto a lo vivido. Aunque Claudia permanecía todavía abrazada a mí y yo a ella como para confirmar eso del sueño hecho realidad. Parecíamos dos perfectas lapas adosadas la una a la otra. Entiendo que ninguno de los dos deseaba esa mañana que la fiesta terminara por ningún motivo. Que no terminara nunca ojalá. La vida debería ser una fiesta permanente, he pensado a veces...

Sin embargo, la música la apagó el Guatón pasadas las seis y cuarto, por orden, explicó, estricta de sus padres, que todavía no podían pegar un ojo por causa del ruido. Era de suponer que la música rebotaba en las paredes y subía a los pisos altos aumentada de volumen. Así que no teníamos más que volar cada uno hacia su respectiva casa, para dejar que durmieran tranquilos los anfitriones. Aunque en algunas ocasiones, sucedía que después de terminada una fiesta de Toque a Toque, a muchos nos daba por seguir revolviéndola durante un buen rato más durante la mañana, movidos por esa extraña fuerza que suele insuflar el alma de los trasnochados. Los mejores chistes, las mejores tallas, desde luego, salían a relucir a esa hora sorprendente de la mañana. Claro que, tratándose de otros lugares por supuesto, como la casa de Pepe o la de Gustavo, incluso también en la mía se podía seguir la fiesta, porque mis viejos dormían igual a pata suelta durante toda la noche. En cambio sabíamos que el papá del guatón podía salir en calzoncillos a echarnos a patadas, si no queríamos entender por las buenas que debíamos marcharnos a una hora determinada. El hombre tenía siempre las ideas claras. A ninguno del grupo se nos olvidaba que una noche de Año Nuevo pasada, don Jaime había salido a amenazarnos pistola en mano; porque, según explicó a grito pelado en medio de la calle, no dejábamos dormir a nadie con nuestras risotadas. Lo cual bien pudo haber sido cierto. Por esos años, nos gustaba celebrar la noche de Año Nuevo en medio de la calle junto a los amigos del vecindario, reventando petardos en forma intermitente durante todo el transcurso de la noche. No lo conocíamos, tampoco a su hijo. Entonces, todavía no imperaba el Toque de Queda, por cierto. Uno podía salir de su casa sin necesidad de mirar el reloj para cerciorarse si podía hacerlo o no. Pero en todo caso, después supimos que se trataba de un buen hombre, algo alterado el caballero, estresado por el trabajo -decían que trabajaba en un organismo de gobierno-, pero un buen hombre al fin y al cabo. Más de alguna vez se ha rajado con un lomito tomate en el Suiza con los amigos de su hijo. Gracia que ningún otro padre ha hecho nunca ni por broma. El hombre en sus momentos se muestra muy sociable, le gusta mucho hablar de fútbol, se dice experto en la materia, no se pierde ningún partido de Colo Colo, incluso a veces suele ir al estadio con nosotros. Pero hay que verlo como grita desde las graderías. Por eso el Guatón no tenía a quien salir el pobre. A veces nos da vergüenza andar con él. No para de gritarle a los guarda líneas, ni al árbitro cuando considera que algo ha sido mal cobrado. Grita cosas desagradables, se entiende. A veces hasta los pacos lo quedan mirando como si se tratara de un bicho peligroso. Los garabatos se le arrancan del alma como pájaros nocturnos. Otra veces lanza unas tallas que hacen reír a toda la galería. El hombre tiene chispa. Algunos hasta lo saludan cuando llegamos a sentarnos como si lo conocieran de años. No se pierde un solo partido del Cacique. Si el Guatón no lo acompaña, se va tranquilamente solo al estadio.

Nos despedimos

Nos despedimos de los que todavía merodeaban como ratones hambrientos entre los restos de la fiesta, escarbando lo poco que quedaba en los platos, algún olvidado canapé, uno que otro pedazo de queque, granos sueltos de maní, dulces, papas fritas, aceitunas, restos de bebida en alguna botella, etc...

Nos fuimos caminando abrazados por la calle hasta su casa, que no distaba más de dos cuadras del lugar de la fiesta. Lo primero que le pregunté cuando estuvimos frente a la reja que circundaba el frontis, fue por la ubicación de su dormitorio. Me explicó que no daba precisamente a la calle, sino al patio de atrás, con lo que me quedó más que claro que mis suposiciones, respecto a la posición de su cuarto, habían sido siempre equivocadas. Eso me sirvió para convencerme que las presunciones hay que tomarlas siempre como tales, como meras suposiciones, porque la mayoría de las veces están bastante lejos de la realidad. No sólo me había equivocado con respecto a su dormitorio, sino también frente a muchas otras cosas más importantes respecto a ella. Por ejemplo, que yo también le gustaba. Esa sí que constituía una equivocación imperdonable de mi parte, en mi calidad de pseudo filósofo, se entiende.

Eso, claro, eso no había pasado nunca por mi mente. Había supuesto cualquier cosa menos eso. Incluso, que más bien me odiaba por vago. Claudia rara vez salía a la calle con el propósito de hacer vida social. Llegaba del liceo a las dos de la tarde y ya no volvía a salir otra vez hasta el día siguiente. Era obvio entonces que pasaba metida en su casa el día entero estudiando, leyendo, preparándose para la Universidad. Por eso, según el Guatón, sus calificaciones pasaban de nota seis para arriba. Es matea, comentó una vez. Lo cual constituía otra barrera que necesitaba sortear. Mi rendimiento escolar nunca ha sido bueno, sino del montón para abajo, tirando hacia los últimos puestos, aunque con algunas ventajas respecto a los más porros. Lo mío es pura flojera, desinterés, falta de concentración, lo de ellos en cambio se trata de un problema genético. Siempre me refugio en argumentos de ese tipo para justificar mi pereza natural de muchacho. Por eso cuando alguna vez me topo en la calle con un hombre vagabundo, se me ocurre pensar que de la misma manera terminaré mis postreros días. Porque también me siento a veces marginado de los intereses de la gran mayoría, y me importa un barajo cosas que al resto les importa sobremanera, como el viejo asunto del dinero. En el barrio los compadres hablan siempre de eso, de los diferentes tipos de autos que existen, de las marcas más caras de cigarrillos, de la ropa Juvens, Peval. Flaño, etc. Ahora se habla mucho de dinero. El dinero está importando más a la gente que cualquier otra cosa. Es posible que sea también esa una parte del cambio radical de mentalidad impuesta por los milicos en este país durante estos años, un aterrizaje forzoso a

la realidad, pero que a mí no me entra ni con jeringa, sé que estoy condenado a ser pobre y palabra que me da lo mismo. Nunca he conocido a alguien de dinero que en verdad valga mucho mantener, o prolongar relaciones de amistad. Papá tiene a más de un par de parientes poderosos, viejos ricachones de auto último modelo, fondos, departamentos en Viña, bienes raíces de sobra, pero cual de todos esos viejos más tacaños. Uno de ellos quiso comprarle un cuadro a mi viejo -para hacerle un favor, según dijo todavía el patudo-, pero el muy maldito quería que poco menos que se lo regalara. Le estuvo calentando la cabeza como dos horas para que se lo rebajara de precio, y por supuesto que el pelota de mi viejo con tal de sacarse a su primo de encima, terminó vendiéndoselo al precio que él le ofertaba. -Por eso tienen plata estos huevones- comentó después que su primo salió cargando la marina bajo el brazo. No le quise decir que toda la culpa la tenía él, por no tener agallas. Porque yo no se lo habría vendido ni cagando por ese precio. De repente me da lata que lo hagan huevo de pato.

- Llárame en la tarde -dijo Claudia al momento de la despedida frente a la reja, todavía sin soltarse del todo de mi mano. Una mano cuyo magnetismo parecía atraer hasta los más mínimos átomos de mis células.

-Seguro, contesté. No sólo te voy a llamar, pienso venir a verte.

-Pero no muy temprano -respondió mirando con unos ojos soñolientos, que comenzaban a sentir el peso del traspase.

-Capaz que madrugue -respondí. Después de hoy no me voy a quedar dormido tan fácilmente. Preferiría seguir despierto para siempre.

-Seguro que te lo voy a creer -dijo mirándome ahora con mayor concentración en la mirada, pero siempre aturdida por el sueño.

-Créelo, le dije -en tanto le daba un beso de despedida sobre los párpados.

- Créelo, porque a ti no te voy a mentir...

Luego se entró cerrando la puerta suavemente.

Los edificios sonreían

Seguí camino sintiendo a cada momento la sensación de hallarme en otro sitio, en un lugar donde los edificios sonreían a mi paso como si en verdad se tratase de seres humanos alegres y bonachones. La casa de Daniel sonreía desde la esquina con la sonrisa de un viejo amigo a quien uno no ve hace tiempo, la de Juan Carlos movía sus cejas espesas en señal de entendimiento. La vereda ya no era la misma vereda pálida de cemento que se extendía a lo largo de la calle entre casa y casa, sino más bien una especie de alfombra de tono burdeo que alguien había puesto esa mañana para la comodidad de mis pies de príncipe. El barrio volvía a cambiar ante mis ojos otra vez. La vida misma comenzaba a tener un sentido nuevo. Mi casa, aunque a todas luces la más vieja y abandonada de todas las casas del vecindario, tampoco me pareció esa mañana como para avergonzarse tanto de su apariencia. A pesar de la evidente falta de pintura en sus muros despellejados, mantenía un algo que le daba el aspecto propio al hogar de un artista. Mi viejo lo era, por cierto. Al fondo del patio estaba su taller de pintura, de donde salía a veces rezongando con algún cuadro en la mano con la idea, y más que eso, con la necesidad, la desesperación, la angustia de tener que ir a venderlo a alguna parte. Sucedió que no siempre sus clientes cumplían con sus encargos. Algunos lo dejaban metido con más de alguna obra por largo tiempo. Hacía imitaciones el viejo, imitaciones espectaculares del cuadro que le pidieran. Nosotros teníamos unos Somercales espectaculares en el living, mejores que los del Palacio de Bellas Artes.

Me detuve frente a la verja de ladrillos antes de entrar y me di vuelta a mirar hacia atrás. Los árboles movían sus ramas levemente, saludando, o despidiéndose también como viejos amigos, amigos de toda una vida. Desde que había llegado al barrio, estaban allí, plantados a lo largo de la calle, investidos de una sólida existencia, sus raíces se hallaban hundidas muchos metros bajo la tierra para sostener la compleja estructura de sus esqueletos que se alzaba ya por sobre las casas, buscando la inmensidad del cielo. El plátano oriental que daba frente a las mía, más de alguna vez había osado introducir una de sus patas subterráneas en nuestro pequeño jardín, levantando el poco pasto existente y algunas viejas baldosas de la terraza. Ahora estaba allí por sobre mi cabeza, mirándome también, como un gigante complaciente. Tuve deseos de volver a trepar a sus ramas a la manera de algunos años atrás a lo menos una vez al día, demostrando mi habilidad de hombre mono, pero me contuve de hacerlo. A pesar de la felicidad que vagaba por mis arterias manteniéndome todavía a esa hora de la mañana despierto, tenía el sueño suficiente para quedarme dormido al menor descuido de mi lámpara de alerta. Así que mejor abrí la puerta con la llave y comencé a subir sigilosamente por la escalera hasta el dormitorio, cerré la puerta y me tumbé sobre la cama sin abrirla siquiera. Sentí que el sueño comenzaba a inundarme poco a poco, como una lluvia tibia inunda los campos de arroz. No me saqué la ropa. Dormir vestido es otra de mis grandes debilidades de hombre solitario. Siempre he pensado que Napoleón, entre otros hombres gloriosos del pasado, debió haber dormido vestido más de la mitad de su vida. ¿Por qué no podía entonces hacerlo yo? Además, con la ropa encima rara vez se siente frío mientras se duerme, por el contrario, uno siente un calorcito muy agradable. No me iba a empelotar a las siete de la mañana. Ni loco. A pesar que mi a vieja le carga sorprenderme sin pijama. Suele reclamar que la ropa se envejece más cuando se duerme con ella, entre otras cosas, claro, la higiene y todo eso típico de las mujeres.

La noche había derramado su tinta

Cuando abrí los ojos estaba oscuro. La noche ya había derramado su tinta sobre la ciudad, encendiendo los faroles amarillos del alumbrado público. Tumbado en la cama, todavía ponía en duda si lo sucedido correspondía a sueño o realidad. Me levanté a mirar la hora y me acordé que el reloj se lo había dejado a Claudia y yo tenía el suyo. Esa evidencia material, puso fin a la duda respecto de lo vivido. Miré su reloj y su imagen sonriente apareció en el interior de la esfera blanca. Su perfume de mujer estaba impreso en la pulsera. Los punteros marcaban las diecinueve horas pasadas. Intenté ponérmelo en la muñeca, pero la correa no cruzaba lo suficiente para alcanzar el pasador, y si la estiraba podía estropearla. Entonces lo dejé otra vez sobre la cómoda y partí a ducharme, hasta que alguien desde afuera, seguramente mi hermana, o bien mamá alertada por ella, o por el ruido inconfundible que produce el calefont encendido, me golpeó la puerta varias veces seguidas en señal de protesta, de que ya estaba bueno, estaba bueno ya de bañarse querían decir esos golpetazos desesperados en la puerta. Sin embargo, yo no terminaba de pasarme la esponja por el pellejo cargada de jabón, produciendo una cantidad de espuma que habría alcanzado para bañar un par de elefantes. Salí del baño desnudo, cubriendo apenas las partes más pudendas con la toalla de baño, chorreando agua por el pasillo, por supuesto. Al cruzar por la pieza de los viejos el reloj marcaba las ocho, nada menos que las ocho de la noche. En todo caso es la rutina, la rutina acostumbrada después de una fiesta de Toque a Toque. Algunos compadres después de un traspase ni siquiera se levantan, pasan de largo hasta el día siguiente. Volví al baño al rato después vestido, dispuesto a peinarme frente al espejo. Esta vez el cristal me miró con una complicidad evidente. Su sonrisa estaba dibujada con el rictus de quien se siente satisfecho de sí mismo, y no era para menos. Las ganancias de la noche para mí no podían haber sido mas suculentas. Claudia me amaba. Ya no se trataba de un sueño, un espejismo, una ilusión... El hombre del cristal se estaba riendo, riendo a carcajadas otra vez, hasta sus ojos carentes de toda expresión, ahora parecían sonreír también.

-Buena la hiciste Filósofo- dijo el tipo del cristal. Y contesté seguro, seguro compadre. Levanté el pulgar de la mano derecha en señal de victoria y le cerré un ojo cargado de complicidad.

Salí del baño silbando. Silbando la típica melodía de Cat Stevens que me acompañaba los días felices: Father and son.

Bajé al comedor y me puse a comer lo primero que pillé sobre la mesa. Una naranja y un plátano sobrevivían todavía en el frutero. De tres mascadas tragué el plátano y después descargué la dentadura de lobo feroz contra la pulpa jugosa de la naranja. Algunas veces mi

viejo se pega un rajazo con la venta de algún cuadro y acostumbra a gastar el dinero comprando comestibles cuyo valor excede por cierto al presupuesto acostumbrado. Pues bien, ese día el viejo había llegado, según me enteré, con abundante carne para la parrilla, algunas empanadas y helados. Todo me estaba saliendo a pedir de boca.

-¿Puedo invitar a alguien? pregunté. Sabía que el viejo no era para nada apretado y que más bien le gustaba que viniera gente a la casa de vez en cuando, específicamente cuando había algo con que atender a las visitas, se entiende.

-Depende -contestó el viejo. Mirándome bien al fondo de los ojos, como si supiera de antemano lo que esa noche había pasado con mi vida.

-A una amiga -contesté.

-Bienvenida entonces -dijo el buen hombre. En tanto yo salía disparado a buscar a Claudia.

La venganza es el placer de los dioses

Salí a la calle y la encontré desierta, sin la presencia de los jotes acostumbrados fumando en la esquina. Caminé despacio en dirección a la casa de Claudia y cuando estuve frente a la reja pulsé el timbre durante unos segundos, cerciorándome que funcionara. La mayoría de los timbres eléctricos de las casas del barrio pasan regularmente en mal estado. El nuestro, de hecho, no ha funcionado nunca. Está allí de puro adorno, empotrado en el muro en una pequeña placa de mármol, para puro joder a la vendedores ambulantes que se pegan al botón como lapas, creyendo que activarán el ruido de la chicharra y conseguirán que alguien se asome. Una vez intentamos arreglarlo, pero después mi viejo llegó al convencimiento que era mejor dejarlo tal como estaba. De esa manera, comentó cerrándome un ojo malicioso, nadie puede interrumpir nuestras actividades particulares. Por supuesto que mamá puso el grito en el cielo cuando se dio cuenta que había quedado igual. Para ella el asunto tenía carácter de esencial.

Al rato, Claudia salió a la reja como suelen salir algunas mujeres de la piscina. Reluciente, con un aspecto saludable y lozano. Además perfumada y con los ojos pintados. Aceptó la invitación con agrado y mientras caminábamos de la mano, comentó que a sus padres le simpatizaban los míos. Es más, dijo que a su papá le gustaría mucho que mi viejo le hiciera una imitación de alguno de los cuadros de Somerscale. Estaba enterado por unos amigos que los dejaba idénticos. Para mí fue un alivio oír eso, por cuanto en mi cabeza rondaba hasta ese día justamente la idea contraria. Es decir, que a papá lo miraban como un artista que vivía al tres y al cuatro a costa de pincelazos, en cambio su viejo era un empleado importante de la Contraloría General de la República.

Entramos directo al patio, donde mi viejo estaba haciendo toda la cuática para encender el carbón. La humareda era descomunal, desproporcionada al saco de cinco kilos de carbón que había que encender. Claudia lo saludó con mucha cortesía, a pesar del evidente olor a humo que despedía el viejo por todas partes, parecía una locomotora a carbón el hombre. Yo atiné a ir por el secador de pelo para apurar el fuego y para que papá la cortara con el teatro de echar aire con un pedazo de cartón. Cuando lo conecté y apunté el chorro de aire hacia la parrilla, se acabó la humareda. Al poco rato, el carbón comenzó a encender sus diamantes. Papá lo agradeció, puso el cartón sobre las brasas para que ardiera y, desocupado de su labor, entró en plática con Claudia acerca de sus telas. Ella aprovechó la ocasión para confidenciarle que también le gustaba pintar y del encargo de sus padres, en tanto yo seguía aventando el carbón con el secador, arriesgando que saliera en cualquier momento mamá indignada por el uso que le estaba dando a una de sus armas de belleza más solicitada. Entonces, mientras los observaba conversar a los dos amistosamente, comencé a llegar al convencimiento que todo lo vivido por mí hasta ese día había sido equivocado, en el sentido que mis pensamientos no se ajustaban para nada a la realidad, y por lo mismo, lo que existía allí dentro, en el interior de ese laboratorio cerebral de donde era de suponer que salían las ideas, necesitaba vaciarlo en alguna maldita parte, del mismo modo como se suele vaciar un recipiente con agua sucia al fregadero para dejarlo limpio. Así fue como se me ocurrió la idea de escribir un relato.

Pero eso no era todo. Sorpresivamente vi salir de la cocina al Guatón sonriendo con su cara de idiota, acompañado de otro persona que traía el rostro cubierto con un capuchón.

-Los invité yo- explicó papá antes de que yo alcanzara a preguntarle nada. Mis pupilas quedaron petrificadas, mirando en dirección a las figuras que avanzaban hacia nosotros desde la cocina.

Cuando llegaron, el Guatón saludó pasándome la mano y dándole un beso en la mejilla a Claudia. Después dijo en tono misterioso que quería presentarme a un amigo y levantó hábilmente el capuchón de su acompañante. Debajo apareció el rostro sonriente de Rodrigo. Quedé plop. Estupefacto ante lo que mis ojos veían. Acto seguido, Rodrigo me tendió la mano en señal de amistad, y nos dimos un apretón que después se transformó en abrazo reconciliador total. Así, poco a poco comencé a caer, a caer como un aeroplano, girando, girando hacia abajo, hasta aterrizar, hasta llegar a comprender por fin todo el ardid tramado por mis amigos, urdido en las sombras, a mis espaldas, gozando mientras lo hacían.

El Guatón con su cara rechoncha y colorada no dejaba de sonreír en forma irónica, insinuando algo así como: te creías muy pillo Filósofo de pacotilla. Rodrigo sonreía también, mostrando sus dientes irregulares y un tanto amarillos. Me habían jodido. Claro que me habían jodido. Papá sonreía dejando asomar un par de colmillos entre los pelos de su barba, ya más de viejo pascuero, que de pintor portugués que pinta cuadros para pasear por París, como suele recitarle mamá a propósito de cualquier cosa.

Entonces no tuve más que comenzar a reír también, a reír a gritos, tanto de rabia como de felicidad. La estrategia del parcito había sido formidable. No tenía nada que alegrar, sino más bien agradecer. Aunque el motivo de esas risotadas estentóreas fuera yo, ¿quién más? Claudia no parecía entender nada. En su rostro puro no existía el menor indicio de complicidad con esos brutos. Algún día me las pagarían eso sí, algún día me las pagarían, porque dicen que la venganza es el placer de los dioses.

FIN

